REVISTA SHELL



DICIEMBRE 1955



REVISTA SHELL

NUESTRA PORTADA

Ya diciembre ha puesto a sonar sus campanas navideñas en todos los corazones. Ya circula el friecillo travieso de las madrugadas y la estampa, siempre fresca, del nacimiento del Niño Dios asoma su candorosa lumbre en el espíritu de grandes y chicos. Ya suena la música delgada y tibia de los aguinaldos y los antiguos sueños reverdecen a la orilla del canto repetido por innumerables voces...

Fiel a su tradición, la "Revista Shell" da paso en los alegres tonos de la portada, a un motivo navideño, estilizado y lleno de gracia, enmarcado en un cuadro de sentidas reminiscencias. El lleva hasta sus constantes lectores el saludo cordial de fin de año.



REVISTA SHELL DE DICIEMBRE DE 1955 — AÑO 4 — Nº 17 — Director: DOCTOR JOSE RAMON MEDINA

Sumario

LA NAVIDAD EN UN PUEBLO VENEZOLANO, por Oscar Sambrano Urdaneta — 4

ALBA Y CREPUSCULO EN EL LLANO, Fotos de Zoltan Karpati — 8

EINSTEIN, por Juan David García Bacca — 15

LA PROEZA FINAL DE DON QUIJOTE, por Francisco Luis Bernárdez — 21

LA MARGARITA, por Luis Villalba-Villalba — 25

LA GRANDE Y DORADA AVENTURA DE SIR WALTER RALEIGH, por Arturo Uslar Pietri — 31

MAMIFEROS VENEZOLANOS, por Ernst Schäfer — 36

ESCENARIO PARA ESPERAR A LOS REYES MAGOS, por Morita Carrillo — 41

LAS IDEAS ECONOMICAS DE CAGIGAL, por Carlos Miguel Lollett C. — 49

PINTORES VENEZOLANOS: Magda Andrade y Mario Abreu — 52

VENEZOLANOS EN MADRID, por Jorge Campos — 54

LA ESPELEOLOGIA, por Eugenio de Bellard Pietri — 59

Dibujos de Mazepa, Rada y González

Editada trimestralmente por la Compañía Shell de Venezuela.
Todo el material que se inserta ha sido exclusivamente solicitado para esta publicación.
Reproducción autorizada siempre y cuando se mencione el origen.
Esta edición consta de 23.000 ejemplares. Distribución gratuita.
Las opiniones de nuestros colaboradores no reflejan necesariamente las de esta Revista.

Foto del Mes

Rincón de recogimiento en los primeros tiempos; lugar de alegre bullicio estudiantil, después; hoy, austero y grave recinto para las Academias: este ángulo que destaca el patio principal y la torre de la antigua Universidad de Caracas, evoca una hermosa y fecunda etapa del espíritu venezolano. — Foto Maxim.



La Navidad en un Pueblo Venezolano

POR OSCAR SAMBRANO URDANETA

Diciembre, Mes Impar

Dos grandes acontecimientos de la liturgia cristiana armonizan entre nosotros con el estado de la naturaleza. Marzo y abril son meses cenicientos, calcinados por los rigores del verano, oscurecidos por el humo de las quemas, luctuosos. Animales y plantas agonizan en medio de la sequía. El calor es sofocante. Por esta época del año se conmemora la Pasión de Cristo y florecen las orquídeas moradas. Diciembre, en cambio, coincide en nuestra latitud con el advenimiento de una temperatura más fresca, que en algunas regiones de la zona montañosa desciende a varios grados bajo cero. Si la flor que más abunda en la Semana de la Pasión es la orquídea de suaves tintas violetas, la flor por antonomasia de diciembre es la pascua menudita, deliciosamente aromática, trajeada de blanco y sin afeites, como ingenua campesina que asiste a la misa dominical. Bajo un cielo despejado e intensamente azul resplandece una vegetación remozada por los aguaceros, que se prolongan muchas veces hasta fines de octubre y comienzos de noviembre. En este poético clima decembrino —todo luz, frescura y vitalidad— se evocan los momentos en que el dulce Jesús de Nazareth vino al mundo entre pastores y reyes.

Diciembre tiene una fisonomía que lo distingue claramente de sus hermanos anuales. Bastaría para ello la culminación del año, que asienta en el debe y haber de nuestras vidas el saldo de sueños rotos y de esperanzas realizadas. Diciembre congrega los afectos familiares, aviva el fuego de la tradición y pone en libertad al niño que cada adulto tiene encerrado en el alma. Por estos tiempos todos nos infantilizamos un poco. Las vitrinas comerciales expulsan sus farragosas mercaderías habituales y se convierten en ciudades liliputienses donde resplandece el mágico atractivo de los juguetes. Los grandes tornamos a ser chicos en la emoción del presente que trae el Dios Niño hasta los zapatos o las cotizas de los hijos, o en la contemplación del Nacimiento que nos da estatura de gigantes al lado de las diminutas figuras de celuloide.

En todos los pueblos cristianos existen numerosas tradiciones germinadas en la fértil comarca de diciembre. En Venezuela esas tradiciones varían de unas regiones a otras. Es Boconó el pueblo que me sirve de cofre para extraer las deleitosas memorias que forman estas páginas. La elección no ha sido fortuita. Todas mis vivencias navideñas están unidas a aquella región de égloga, donde las tradiciones hispano-venezolanas conservan aún toda su pureza y sabor.

Las Misas de Aguinaldo

Todo empieza cuando en la madrugada del dieciseis, las campanas pregonan la primera Misa, acompañadas por el alegre retumbar de los cohetes, por las notas de un vals criollo y el vocerío de los vendedores ambulantes que expenden café. Previamente, en la tarde del día anterior, a punto del Angelus, se han celebrado las vísperas de la Misa con tres enérgicos repiques, en cuyos intermedios una banda de música interpreta aires populares venezolanos mientras los muchachos queman voladores, encienden bosquecillos de fuegos artificiales, y corren con inefable alegría llevando en lo alto luces de bengala que remedan estrellas caídas. De un ángulo de la Plaza Bolívar elévanse globos multicolores inflados con aire caliente. Apenas se han despegado del pavimento, cuando una turba de rapaces se esfuerza por derribarlos, intentando convertirlos en el blanco de sus cohetes que ascienden, como luminosas saetas, hacia el penumbroso corazón de la tarde. Pero los globos de papel, llenos de gracia y haciendo mil zalamerías, escapan parsimoniosamente de las cerradas descargas que dispara la entusiasta chiquillada. Entre tanto, la Plaza sembrada de pinos se ha llenado de muchachas cuya simpatía es proverbial. Sonrientes y ligeras pasean en grupos, tomadas del brazo. ¡Y nunca como entonces "el Jardín de Venezuela" ha tenido mejores manojos!

Los Pesebres o Nacimientos

Entre las más típicas y bellas tareas decembrinas, está la construcción del Pesebre o Nacimiento familiar. Ningún hogar deja de hacerlo, pues ello equivaldría a la ruptura violenta con una costumbre que ha cobrado fuerza de padres a hijos por espacio de muchos años. Tan interesante y poética es la elaboración del Pesebre, que bien se merece una descripción fiel y pormenorizada.

Sobre una mesa de buena proporción, o sobre una superficie mayor hecha con tablas, comienzan por colocarse pequeños troncos, ramas de aromático estoraque, cartones sólidamente atados, y todo cuanto pueda servir para formar una resistente armazón. Terminada ésta, se cubre con telas teñidas de verdes y ocres, remojadas en agua de almidón para que al secarse adquieran consistencia. Secas ya, cubierta totalmente la rústica armazón, quedan concluídos los "accidentes topográficos" del Pesebre: las montañas con sus elevados picachos donde señorean los cóndores de papel; con sus laderas que dan vértigo y son el sitio favorito de las cabras montaraces hechas de pastoleína; el cañón por donde pasará rugiendo el río de celofán; las pequeñas mesetas donde habrán de levantarse polícromas aldeas, por sobre cuyos techos sobresale airosa la torre de la ermita. Para darle luminosidad al Pesebre se espolvorea sobre la tela de los cerros talco mineral fabricado con relucientes laminillas de mica molida. En todo el centro del Pesebre, en lugar de honor, se destina de antemano el sitio donde irá la Sagrada Familia.

Cumplida esta primera parte, entra en funciones otro de los más característicos elementos del Nacimiento: el musgo que crece en las sombrías y húmedas oquedades de montaña adhiriéndose a las piedras, a la corteza de los árboles, al suelo mismo, y que tiene la propiedad de conservarse en estado de vida latente. Estas humildes criptógamas tienen a su cargo dar animación a los cerros poblándolos de vida vegetal. Con musgo se traza el borde de los caminitos serranos, se imitan las manchas boscosas y se llena de gracia vital el muerto color de los trapos teñidos. Finísimo aserrín y arenillas doradas remedan luego los senderos y carreteras polvorientas. Diminutas ramas de estoraque forman bosques espesos y profundos donde sólo penetra el sol de los venados. Pero no puede haber paisaje sin río, sin lago ni cascada.

En los Pesebres el río no tiene manantiales y aparece, ya adulto, a la vuelta de un recodo. La espumosa corriente la imita el papel celofán. En sus márgenes unos



pequeños caracoles añoran el nativo elemento. Puentes rústicos lo cruzan aquí y más allá. La cascada, por su parte, es imponente. Con silencioso estruendo salta de risco en risco, se precipita hacia el abismo insondable y forma un angustioso remolino donde hierve enfurecido el celofán. Río y cascada desembocan inevitablemente en una laguna, construída con un vidrio corriente ligeramente ahumado. Un papel oscuro sirve de lecho al agua. Sobre el papel y bajo el vidrio, ingenuos pececillos de celuloide parece como si sonrieran. En la pulida superficie navegan airosas canoas, cuyo desproporcionado tamaño excede al de pequeños trasatlánticos con rumbo a ignotos puertos.

Concluido así el escenario geográfico, hay que poblarlo. Los cerros se llenan de casitas. En espaciosas dehesas pastan tranquilamente manadas de vacas. Entre el bosque se ve una fuga inmóvil de venados. Un cazador apunta a la gacela que trisca confiada, y a la que afortunadamente no podrá abatir. Un rebaño de ovejas hechas de anime, rumiando pedacitos de musgo, rodea la gruta donde ha nacido Jesús. Prendidas de imperceptibles alambres, blancas palomas hacen giros y llevan corazoncitos rojos en el pico. Los personajes que ocupan la parte urbana del Pesebre son de las más distintas categorías y dimensiones; y lo moderno contemporáneo se da el brazo con lo antiguo en cordial confusión y anacronismo. Agricultores, comerciantes, mendigos, soldados de plomo, árabes, derviches, elegantes damas y caballeros que se pasean con petulancia; niños que corren con sus perros; ovejas; más pastores; niñas soñadoras, lánguidamente asomadas a las ventanas de sus casas que sólo tienen fachada; parejas de enamorados platicando dulcemente a la sombra de un corpulento árbol, con el aire romántico que tenían en la postal de donde fueron recortados; un viejo probablemente tomado de alguna propaganda comercial, que anunciaba un depurativo, sube una cuesta sobándose los riñones. Riñas de gallos. Joropos callejeros. En lo más espeso y sombrío del bosque asoman su cara bonachona los tigres de celuloide que a nadie asustan. Las figuritas de anime sonríen llevando cestas de flores, arriando burros, dialogando en la plaza. En medio de esta cosmopolita población, llena de ingenua belleza, resplandece la Sagrada Familia, rodeada de conchas vegetales doradas, de papelillos multicolores. El Dios Niño sonríe satisfecho entre suaves pajas, calentado por el buey y la mula tradicionales. Un ángel de cartón sostiene en lo alto de sus brazos un letrero plateado, que dice: *Gloria in excelsis Deo.* Una estrella de hojalata remeda a la de Belén. Y por un paraje misterioso, lejano, perdido entre los cerros, vienen en seguimiento de la estrella, tres camellos con tres extraños jinetes . . .

¿Hay Pesebre?

Lógico es que después de tomarse tan gran trabajo, los Pesebres sean ofrecidos por sus creadores a la contemplación del público. Grupos de mozos y mozas se juntan y en alegre romería recorren el pueblo dejando caer en cada zaguán este grito: ¿Hay Pesebre? Ante la respuesta afirmativa, se abren las puertas de la sala y la visita es cortésmente atendida. Los dueños de la casa se esmeran en dar toda clase de explicaciones acerca de su Nacimiento y en llamar la atención sobre ciertos detalles de su especialidad. Poco después la romería sigue su marcha alabando el arte del Pesebre visto, o comentando con buen humor algún detalle pintoresco en exceso.

Hallacas y Cena Familiar

La elaboración de las hallacas es otra ocupación entrañable de todas las amas de casa. Este delicioso comestible no puede faltar en ninguna mesa para las cenas de Nochebuena y Año Nuevo. Las hallacas son un pastel hondamente ligado a diciembre. Además de las hallacas, se hacen granjerías para obsequiar a las amistades. En cristalinos platos relucen las toronjas, los higos conservados en miel, el manjar de arroz salpicado con canela . . .

El veinticuatro en la noche hay retreta de gala en la Plaza Bolívar. Las gentes pasean en parejas alrededor de la Plaza o se sientan en los escaños y en las graderías.





Desde temprano han estado llegando campesinos que vienen de los altos cerros vestidos con impecables trajes de dril. Es noche en que todos estrenan ajuar de pies a cabeza, porque para ello se han hecho ahorros durante el año. Los muchachos queman triquitraques. Los botiquines no se dan abasto para atender a la numerosa clientela que quiere emparrandarse en Nochebuena. Todo el mundo obsequia a todo el mundo. A medianoche celébrase la Misa del Gallo. Concluída ésta, las gentes se retiran a sus respectivas casas, impacientes por saborear la cena, constituída fundamentalmente por hallacas calientes, metidas dentro de su clásica envoltura de hojas de plátano. La fraternidad alcanza su clímax y parece resonar con hondura, en todos los corazones, el tierno saludo bíblico:

Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

El Niño Perdido

Del veinticinco en adelante ocurren varias fiestas de profundo sabor regional. Describiré una de ellas, la búsqueda del Niño. La forma que conozco es más de tipo profano que religioso. Un grupo de jóvenes sustrae de un Nacimiento la imagen del Dios Niño. Esto sirve de pretexto para ir en busca del Niño perdido, que oportunamente se ha depositado en una casa de familia. Luego se escribe una serie de coplas semi-jocosas, destinadas a los habitantes que viven a lo largo del itinerario que ha de seguirse por las calles en solicitud del Niño extraviado. Llegada la noche de la búsqueda, las muchachas se visten de pastoras y sus parejas se trajean a la usanza típica del país. La más hermosa de todas las doncellas hace de Virgen María y cabalga en una burriquita. Cuatro mozos se visten de San José y Reyes Magos, y marchan a un lado y otro de la Virgen, menos San José que va de diestro. Detrás, y por parejas, siguen pastoras y pastores, portando farolitos multicolores y entonando el tema musical de la búsqueda. Al llegar a la primera casa, previamente elegida, se detiene el cortejo y canta, frente a la ventana de la sala, unas coplas semi-humorísticas, en las cuales se pregunta si allí no se encuentra el Niño robado, mientras que, de paso, se hacen alusiones picarescas a los habitantes de la casa. Estos responden, cantando desde adentro, que el Niño no está allí, y sugiriendo continuar hacia la casa siguiente. Cuatros, maracas, guitarras, tambores y algunos instrumentos de viento acompañan los alegres cánticos. Esto se repite a lo largo de un buen trecho, hasta que los peregrinos llegan al lugar donde está escondido el Niño. Allí, los dueños de la casa invitan a pasar adelante y todo concluye en una simpática y cordial fiesta.

Después, el tiempo sigue su inevitable tránsito. Mas, cierto es que en cada giro anual, y en pueblos como Boconó, un dulce anciano —ojos luminosos bajo el fresco sombrero de cogollo, barba de algodón y ruana multicolor— nos aguarda sonriente sentado en los umbrales del año, para entregarnos un ramo de menuditas y perfumadas pascuas, que tienen la virtud de avivar nuestro amor por la tierra propia, por la gente nuestra, por las tradiciones venezolanas.

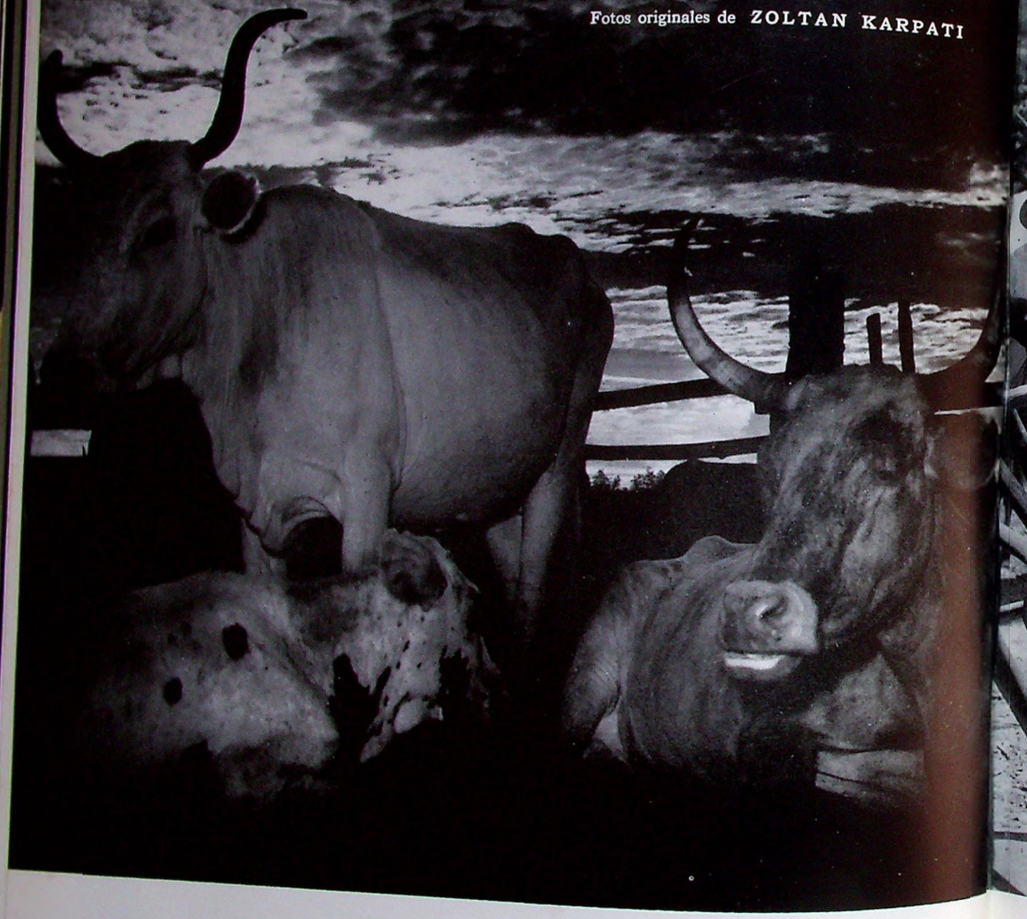
OSCAR SAMBRANO URDANETA

Nació en Boconó (Estado Trujillo) en febrero de 1929. Crítico y ensayista joven de gran autoridad. Se graduó de Bachiller en Filosofía y Letras en el Liceo Andrés Bello de Caracas, y de Profesor de Castellano, Literatura y Latín en el Instituto Pedagógico. Fué Director del Liceo Dalla Acosta en Boconó, y auxiliar de la comisión editora de las obras completas de Andrés Bello. Actualmente es Secretario de la Comisión editora de las obras completas de Lisandro Alvarado. Ha publicado dos importantes obras de crítica literaria: "Apuntes críticos sobre Cumboto" y "El Llanero".

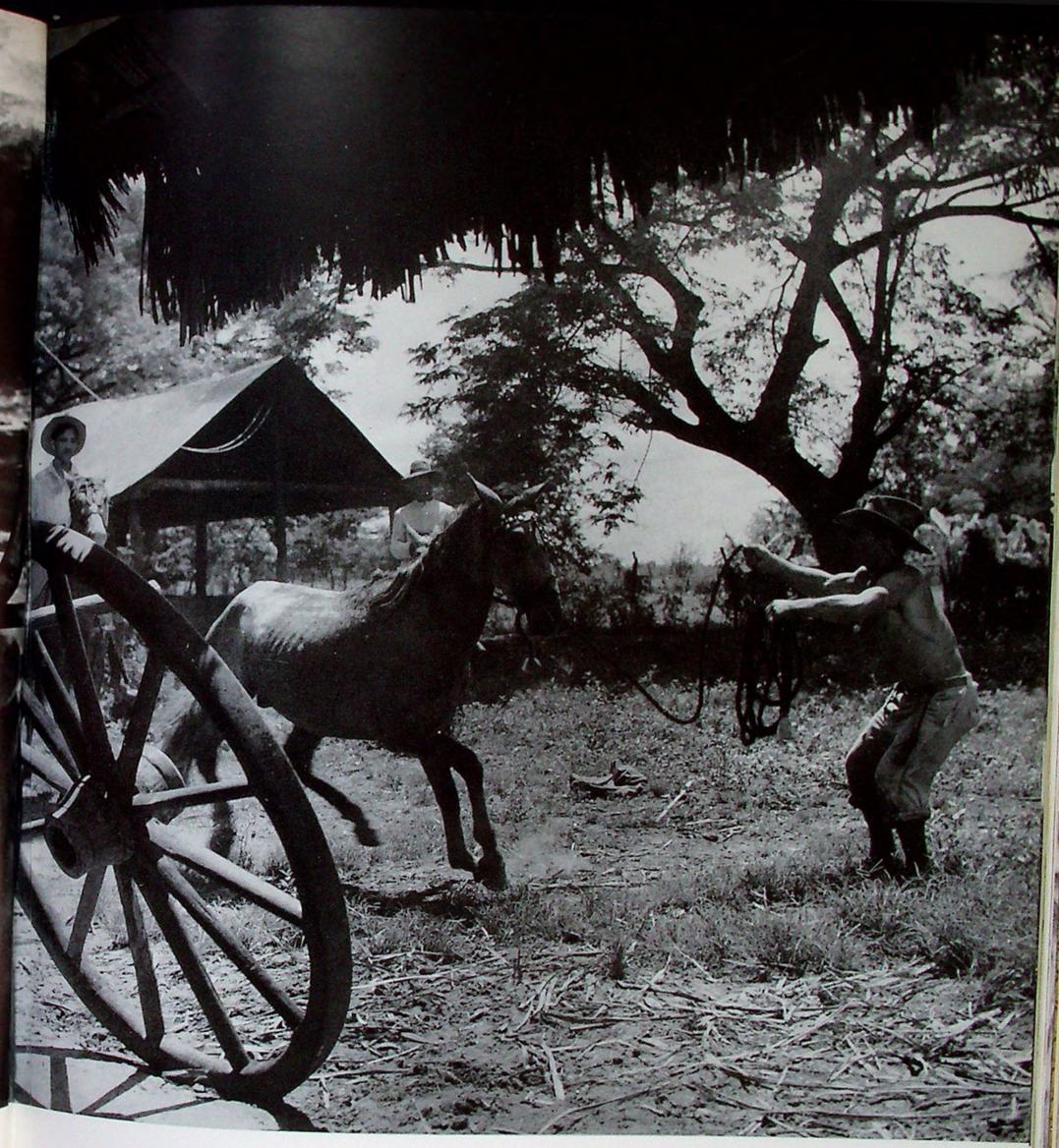


Alba y Crepúsculo en el Llano

Fotos originales de **ZOLTAN KARPATI**



Apunta, briosa, la mañana, desterrando la sombra dormida de la madrugada. Así comienza la historia —faena de todos los días— en la abierta soledad de la tierra llana. La mansedumbre de las vacas, es tibio sueño todavía...



Dura y fuerte tarea, mientras levanta el sol, allá lejano. Firme la mano que maneja el lazo, el llanero obliga a la obediencia primera. Agil, brioso, violento: el caballo aprende que el hombre manda sobre su vida...



Recortados contra el horizonte, hombre y caballo simbolizan el recio pulso de la vida en el llano. Adelante la sabana tendida; arriba el cielo emboscado; a un lado el agua dormida de la laguna; y en la voz de quien va viajando solo, trémula, la copla del posta:

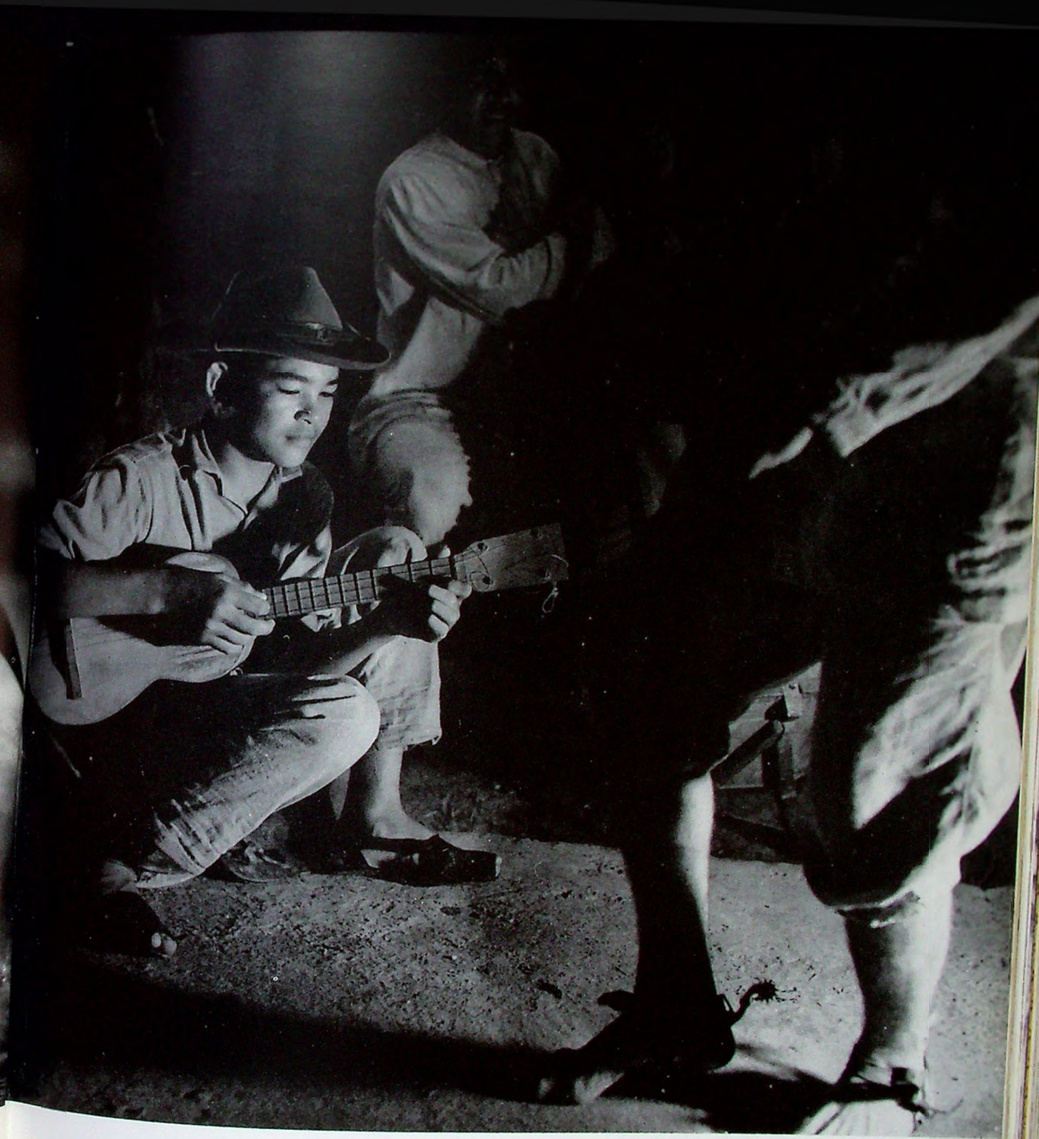
El horizonte y yo vamos
solos por la llana tierra.
Me enlazó todos los rumbos
su audacia de soga abierta.



El día remansó sus fuerzas, y ya es luz que declina sobre el esfuerzo de los hombres. Buena, entonces, la hora para el descanso a medias y para el saboreo a pulso de la criolla "ternera".



Pensativo recodo de la tarde, la garza cierra
el paréntesis del crepúsculo
con su donaire blanco y gris. Más allá
de las líneas quietas de su plumaje,
vuela el perfil distante de la sombra...



Ágil y limpia, la música rasga el aire nocturno de la casa.
Afuera, en el patio, despertó hace rato el resonar certero del
joropo. Y el hombre —desnudos los pies, vivo el fulgor,
adentro, de la sangre— se entrega al ritmo imperativo que nace
de las cuerdas del "cuatro" manejado por manos diestras.



JUAN DAVID GARCIA BACCA

Nacido en Pamplona (España) el 26 de Junio de 1901. Estudios de Filosofía y Ciencias físico-matemáticas en las Universidades de Barcelona, París, Munich, Zurich, Lovaina. Cursos en el "Institut für theoretische Physik" de Munich, bajo la dirección de Sommerfeld. Doctor en filosofía y letras, premio extraordinario en la Universidad de Barcelona. Ha sido profesor por contrato de las Universidades de Quito y México Actualmente ejerce cátedras de filosofía en la Universidad Central de Venezuela. La vasta bibliografía del Profesor García Bacca completa en forma extraordinaria su fecunda enseñanza universitaria en nuestro país.



J U A N D A V I D G A R C I A B A C C A

EINSTEIN 1879 - 1955

La práctica es sombra de la teoría —aseguraba entre despectiva y compasivamente Plotino, en su *Enéada tercera*, hace ya 1700 años—. E iba un poquito más allá Plotino, al decir que, cuando los hombres se vuelven incapaces de contemplar, e impotentes para la teoría, engendran esa sombra que es la práctica. ¿Hubiera persistido en sostenerlo ante una bomba atómica que es la sombra o práctica de esa teoría que se llama de la Relatividad? Tal vez sí. Todos los filósofos son duros de cascos, sean o no aragoneses. Lo son los filósofos, y lo son un poco menos los físicos teóricos. ¿Física teórica y física aplicada, se habrán también como luz y sombra?; y ciertas prácticas, ¿no serán, a veces, "la mala sombra" de ciertas teorías?

En 1916 publica Einstein *Fundamentos de la teoría general de la Relatividad (Annalen der Physik*, 49). El sustantivo Teoría gozaba ya de amplio favor entre los físicos. Pero iba siempre acompañado de un contrapeso que sujetaba la teoría a la realidad. *Teoría dinámica de la difracción* (Stokes, 1849); *Teoría electromagnética* (Heaviside, 1894); *Teoría de los fenómenos eléctricos* (H. A. Lorentz, 1895); *Teoría corpuscular de la materia* (J. J. Thomson, 1907); *Lecciones sobre la teoría de los gases* (Boltzmann, 1896); *Teorías estadísticas en termodinámica* (Lorentz, 1916). Mas el término "relatividad" no disfrutaba por ese tiempo de reputación ante los físicos. La tenía, y no muy alta, entre los filósofos, y no de nota —Schubert, Soldern—. Relatividad suena a filosofía. De ahí que los relativistas y el relativismo —teoría filosófica—, echaran mano en la primera oportunidad de la teoría einsteniana. Pero si relatividad no tiene que ver nada con relativismo, tampoco tiene nada que hacer con absolutismo.

"Es una equivocación común, advierte Eddington, *suponer que la teoría de la relatividad de Einstein afirme que todo es relativo. No dice realmente más que esto: Hay cosas absolutas en el mundo, pero hay que irlas a buscar muy hondo. Las cosas que a primera vista se presentan, son en su mayor parte relativas". (The Nature of the physical World,* pág. 25, edic. 1953). Y entre las que ya desde su primera presentación se la dan de absolutas, y por tales se las tomó hasta en la física clásica —no digamos entre griegos, medievales y aun renacentistas—, hay que contar espacio, tiempo, distancia, longitud, duración, simultaneidad, figura, masa.

Absoluto y relativo forman un par de conceptos que se definen el uno por el otro. Cada época histórica y cada individuo cree entender uno de esos términos mejor que el otro. De seguro que en la época de los reyes absolutos, absoluto pasaba por más claro que relativo; y lo relativo, súbditos, era sin más requilorios definido por el Absoluto. Absoluto: lo en sí y para sí. Propiedad absoluta: lo que tengo en mí, para mí. Claro que estas afirmaciones hablan bizqueando de "lo otro": lo "en mí" no puede prescindir, por mucho que haga, de negar y ser negación de "lo otro"; y "lo para mí" no se siente tranquilo sino negando y renegando de "lo para otro".

¡Al grano, al grano! —me parece escuchar telepáticamente de los lectores que han comenzado a leer este artículo creyendo en la promesa de su título: *Einstein*, es decir: física—. Y no filosofiquerías.

Peso, calor, color, posición en el lugar, duración, masa: todo ello, y algo más, parece admitir el posesivo 'mío': mi color, mi calor, mi masa, mi duración, mi velocidad, mi aceleración. Todo ello lo tengo yo en mí, para mí, aunque no hubiera nadie ni nada más en el universo. Orden clásico.

El nuevo orden físico relativista vendrá con la rebaja: lo mío y lo tuyo es de los dos, o de todos. Peso es atracción de varias masas; una sola masa, en un universo vacío, no pesa. Calor es propiedad colectiva (estadística) de un inmenso número de moléculas, jamás propiedad de una sola. Lugar no es posición de uno solo, es relación de posición de uno respecto de otro; velocidad y aceleración son algo relativo a un sistema de referencia, a un conjunto de cuerpos. Lo tuyo, y lo mío, es ya de los dos; y, en definitiva, del universo.

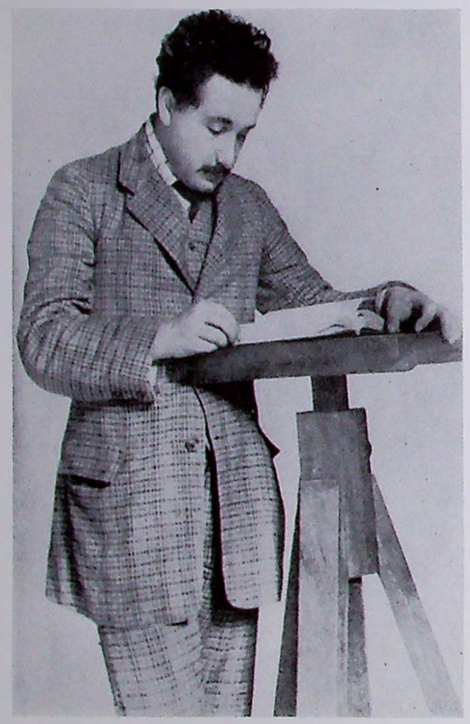


Foto de Einstein en su juventud

Todo esto es relatividad; no llega a relativismo. Como no es relativismo afirmar que el uno es menor que el dos, aunque la relación de "menor" saque de su ensimismamiento y suficiencia al uno y al dos. El uno no puede ser uno sin tener que ser menor que dos; y el dos no puede ser dos sin tener que ser mayor que el uno. Creíamos que puede tener peso uno a solas; ahora resulta que peso es relación de atracción entre varios. Tal relatividad no pasaría, con todo, de ser un cambio de casillas categoriales: de propiedad a relación. Resulta ahora que son relaciones reales lo que antes se creía ser propiedad, que algo tenido por absoluto era relativo. Para este viaje no eran menester, digámoslo retocando un refrán popular, las alforjas einstenianas, y toda una señora teoría de la relatividad. Pero es que Einstein no va contra esto solo. Sino contra 'esto y lo otro'. Y ¿qué es eso otro? El espacio y tiempo *absolutos* de Newton, y el carácter *absoluto* de éter. Y que Dios me ayude para explicarlo a la cartesiana: clara y distintamente.

Uno es *menor* que dos; uno es *bastante* menor que diez; uno es *mucho menor* que un millón; uno es *muchísimo menor* que un trillón. *Etc.* Y ¿no será el uno *infinitamente* menor que un cierto número entero infinitamente grande, absolutamente grande ya, sin el que esa relación de "menor" parece quedar abierta, sin sentido final, suspensa en el aire? El uno es *infinitamente* menor que... (que ¿qué?). Yo estoy aquí en esta silla; pero *aquí* no tiene sentido sino respecto de las paredes de esta habitación; y a su vez esta habitación está en su lugar por relación al edificio entero que esté en su lugar; y este último lugar no tiene sentido sino por relación a la ciudad que esté en su lugar, y tal lugar no tiene sentido sino por relación... ¿No habrá que detenerse en un Espacio *absoluto,* infinito, donde estas relaciones lleguen a su final, queden cerradas, y clausurado ese proceso al infinito, o a lo indefinido, que amenazaba con dejarme sin sentido todo lo anterior, como en el caso de un uno que es menor que dos, pero que es mucho menor que... (que ¿qué?). E igual respecto de la duración: la lectura de este artículo dura una hora; pero *hora* no tiene sentido sino por la relación a día; día por relación a mes, mes por relación a año... *etc., etc.* ¿Habremos de dejar en indefinido estos *etc.*? Una hora es hora de un día, un día es día de un año, un año es año de... (*?*). De un *Tiempo absoluto,* se apresura a decirnos Newton, que fluye en sí, con paso igual y atentado, uniforme, señero. Término y medida final de todo ese proceso al infinito, que sin él sería proceso a lo indefinido, indeterminado, vago. Newton no pasa de ser un aristotélico corriente y moliente. *"Repugna un proceso al infinito",* afirmaba Aristóteles; "que no termine en un Infinito, o Absoluto", añadía la filosofía medieval.

Pero la matemática había descubierto algún tiempo antes que Einstein su relatividad, que es contradictorio admitir la existencia de un entero mayor que todos los enteros: el Entero absoluto. Y repugna que se dé un número mayor que todos los números: el *Número absoluto,* o un conjunto de todos los conjuntos: el *Infinito* (Russell). Einstein impugnará toda clase de Espacio absoluto y de Tiempo absoluto. Newton era demasiado teólogo y sobrado aristotélico. Mas no por teólogo ni por aristotélico, cosas que siempre trajeron a Einstein sin cuidado, se separará Einstein de Newton. Para Newton el Espacio absoluto y el Tiempo absoluto eran *sensorium Dei:* una especie de sentido de Dios. El Espacio absoluto es el órgano sensible de la inmensidad divina; el Tiempo absoluto, el órgano sensible de la eternidad de Dios. Al movernos en Espacio absoluto y en

Tiempo absoluto nos movemos en Dios, cual peces en el mar. Y San Pablo está hablando por boca del creyente Newton, creyente aun cuando pensaba y hablaba en físico, y profesara el protestantismo.

Es claro que la posición de un cuerpo solo en el Espacio absoluto, y un movimiento solo en el espacio y el tiempo absolutos, es decir: en Dios, en su eternidad e inmensidad, poseen para Dios, por de pronto, sentido real, comprobable, divino. Por esto no tendrá Newton inconveniente alguno en sostener, un poco por gracia de Dios, que la aceleración y sus efectos, —por ejemplo esa forma elipsoidal o aplastada que le viene a la tierra por girar sobre su eje—, la tomaría aun si se hallara sola en el universo, sola en presencia de Dios: en su inmensidad y eternidad.

Dejémonos, con Einstein, de teologías confesadas o laicas.

Peces en el Mar, y el Mar no es pez; cuerpos en el éter, y el éter no es cuerpo. ¿No servirá el Eter, —en lugar de Eternidad e Inmensidad divinas—, de espacio concreto que nos permita conocer *dónde* estamos, como el mar hace de espacio visible y recorrible para los peces? Moverse sería moverse en el éter; no en espacio absoluto ni en Dios. Toda la física posterior a Newton se dará a la faena de ver en qué se nota que nos movemos en el éter, o sea: dar sentido comprobable, experimentable, a esa relación: moverse A en B; moverse la tierra, por ejemplo, respecto de éter, o respecto de algo que se mueve por derecho propio, y llena, el éter, a saber: la luz.

Michelson, Morley, Miller (desde 1881 a 1905), Kennedy y Thorndike (1926-1932) se han empeñado en descubrir si la tierra se mueve en el éter y respecto del éter, bien iluminado. El éter, en estado de movimiento ondulatorio transversal, éter en luz, no se ha dado por enterado de tales pretensiones. No hay modo de notar que la tierra se mueve a través de éter, —aeropuerto bien iluminado. Equivalente: si no hubiera manera de que el pez notara que se mueve en el mar, que está ahora aquí, ahora allá..., el pez concluiría que el mar le sirve ciertamente para respirar, mas no de lugar en que notar que se mueve.

La física moderna, nos advierte sutilmente Whittaker, (*From Euclid to Eddington,* 1949, pag. 58 ss.), ha encontrado el modo de trocar necesidad en virtud, imposibilidades en leyes positivas. La imposibilidad del movimiento perpetuo, o de una máquina que de nada cree energía, se trueca en la ley positiva de la conservación de la energía (Primer principio de la Termodinámica); la imposibilidad de descubrir si algo se encuentra en reposo o en movimiento uniforme, se levantará a principio de la relatividad galileana; la imposibilidad de descubrir si la tierra se mueve por el éter, en segundo principio de la relatividad (restringida), a saber: *la constancia de la velocidad de la luz, respecto de cualquier sistema de referencia inercial.* Litro más, litro menos, el Mar mar se queda; la infinidad no se entera de que se le añada o quite una magnitud finita. La velocidad de la luz es, en cierto modo, infinita; ninguna otra velocidad relativa la aumenta o la disminuye. *Si da el cántaro en la piedra, o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro,* dice el refrán. La piedra es aquí la velocidad de la luz; el cántaro, la de la tierra al derredor del sol, en sus dos direcciones según la estación. La piedra, —la luz—, no altera su paso porque la tierra con su velocidad de treinta km. por segundo pretenda componerse con ella. Desde Galileo admitimos ya, sin mayor desconsuelo, que la tierra no es el centro del mundo; y sin gran mareo, que se mueve al derredor del sol. Pero no sería menor provincianismo físico fijar la capital del universo en el sol que en la tierra. El centro del mundo puede estar en todas partes; y no está en ninguna como en única. Dicho solemnemente: *Las leyes físicas tienen que formularse de manera independiente del sistema de referencia: de cualquier lugar del universo, de cualquier movimiento uniforme* (Primer Principio de la Relatividad restringida). De estos dos postulados, formulados matemáticamente, se siguen por necesidad lógica un conjunto de consecuencias: algunas raras, otras escandalosas, referentes a retrasos de relojes, acortamiento de dimensiones, falta de simultaneidad, relatividad de la longitud, dependencia de la masa respecto de la velocidad... Cuidado, pues, con la admisión de semejantes principios, al parecer neutrales y buenas personas.

Citábamos, no hace muchas líneas, a Eddington; nos recordaba, o advertía, que la relatividad admite absolutos, pero que no están a flor de tierra, sino en sus entrañas. Todo lo relativo supone un absoluto, como lo más lo menos; pero no siempre el absoluto que uno supone. Espacio y tiempo relativos remiten no a un Espacio absoluto y a un Tiempo absoluto, o a *dos* absolutos, sino a *un* solo absoluto, de nombre *'intervalo'*, que los une (por tanto los hace dependientes o no absolutos) en una fórmula, verdadero *Sésamo, ábrete* de toda la física relativista restringida:

$$ds^2 = + dx^2 + dy^2 + dz^2 - c^2dt^2$$

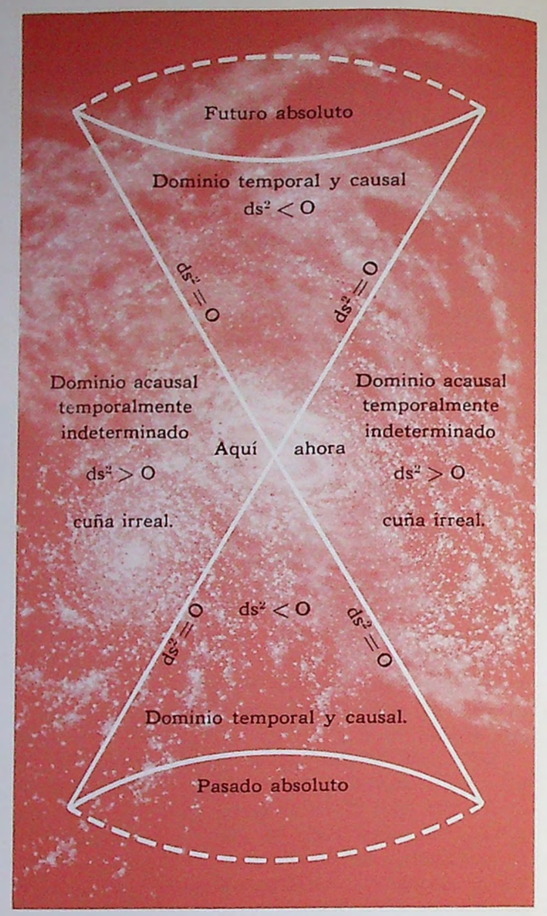
En vez de *Aquí* y *Ahora* habremos de decir, para hacerlo con sentido físico, *Aquí-de-Ahora, Ahora-de-Aquí.* Y podré cambiar cuanto guste: de aquí a allá (de la Tierra al Sol, de la Zeca a la Meca), de ahora a otra hora; hecho el balance, según lo prescribe la fórmula, el resultado, el intervalo, será siempre el mismo. *Este es lo absoluto;* lo demás: aquí (aparte), ahora (aparte) son relativos, tan relativos que no remiten a un absoluto, propio de cada uno: Espacio Absoluto, Tiempo absoluto.

"Este momento marca el ocaso del espacio y del tiempo en cuanto cosas en sí y una aparte de la otra; solamente la síntesis de ambas poseerá consistencia propia". Palabras iniciales de la famosa conferencia de Minkowski, dada el 21 de Septiembre de 1908 en Colonia. Minkowski-Colonia-21 de Septiembre de 1908. Este conjunto, tomado indisolublemente, de individuo-espacio-tiempo constituye la realidad básica y absoluta de la física relativista (restringida): el *suceso* (Ereignis, Event).

Los hombres estamos expuestos a padecer una inasible enfermedad que donosamente se llama complejo de inferioridad; y nos han catalogado ya las causas de que nos entre tal complejo, y de que no nos salga fácilmente. La vida mental, aun la científica, y sobre todo la filosófica padece enfermedad inversa: complejos de superioridad, megalomanías. Una de ellas es el concepto ordinario de simultaneidad. Cuando yo digo *ahora*, en este instante, creo que en todo el universo y en cada una de sus partes hay algo que es simultáneo con este *ahora* mío. Gran director de orquesta: cuando doy la señal, todos los instrumentos, todos los objetos físicos, entran a la vez. Porque yo estoy viendo en este instante la Vía Láctea, toda existe de vez, en este mismo instante. *Instante o Ahora* de extensión cósmica. Respecto de él todo queda dividido en antes y después. Soy centro temporal del universo, como antes me creí su centro espacial. Todo lo cual no pasa de megalomanía; y como toda megalomanía, no encaja en la realidad cuando se llega a la hora de la verdad, de la experiencia.

Para comprobar *físicamente* —no imaginativa o pensamentalmente—, el ámbito de la simultaneidad, de lo que coexiste conmigo, con mi *ahora*, no dispongo en física de medio superior a la velocidad de la luz; máxima mensajera, gran corredora: trescientos mil kilómetros por segundo; pero no infinitamente veloz. Y puedo con ella dividir lo que pasa en el mundo, lo que en él haya, en dos grandes dominios: uno, en que tiene sentido físico y comprobable el orden de ahora-antes-después (dominio temporaloide, Zeitartig, causalmente ordenable); y otro, temporalmente neutral, en que el orden de antes-ahora-después, y por tanto el de causa-efecto, no posee sentido físico. (Dominio espacialoide, *Raumartig*, acausal e irreal). Del uno al otro no hay paso posible. Los divide la luz ($ds^2 = 0$). La megalomaníaca categoría de causa-efecto queda encajada en el mundo y en cada parte de él dentro de dos conos, cuyos vértices son el *ahora*, separados por dos cuñas neutrales, en las que ni corre el tiempo ni mandan las causas; dominio físicamente inasequible por causas físicas, físicamente irreal.

No se cierra con esto la cuenta de los provincianismos humanos —o de los antropomorfismos, sea dicho con una palabra griega menos ofensiva. Tenemos dos ojos, que, al permitirnos ver los objetos desde posiciones ligeramente diferentes, dan ocasión al cerebro, o a lo que sea, a que percibamos intuitivamente ese relieve que llamamos volumen. Si los dos ojos estuvieran colocados en un plano inflexible, nos encontraríamos sin solución intuitiva posible al problema —matemáticamente sencillo, entonces como ahora—, de percibir en unidad intuible las tres dimensiones. Ahora no *deducimos* las tres dimensiones; las *vemos*, en unidad de volumen. Mas no tenemos ayuda sensible alguna para el problema de sintetizar intuitivamente los diferentes movimientos de los objetos: el movimiento, por el contrario, hace que veamos el *mismo* objeto unas veces grande y otras pequeño. Si hubiéramos sido dotados por la naturaleza con ojos libremente movibles, cada uno con velocidad diferente del otro, nuestros cerebros habrían



tal vez inventado la facultad de una síntesis *intuitiva* nueva; y percibiríamos una especie de relieve en cuarta dimensión, combinando en *una sola* imagen los aspectos de una *misma* cosa en movimiento; veríamos sensiblemente sintetizados espacio y tiempo; y en vez de dos aparatos, uno para el espacio: reglas, otro para el tiempo: reloj, habríamos inventado uno para los dos.

Si finalmente tuviéramos dos ojos de diferentes dimensiones, tal vez gozaríamos de la facultad intuitiva de combinar los puntos de vista del elefante y de la amiba: de Alicia en el País de las Maravillas, y de Gulliver en sus viajes. La relatividad einsteiniana se evade de tales restricciones de origen organológico, parroquianismos humanos.

La relatividad (restringida y generalizada) nos proporciona, pues, a defecto de la sensible, una síntesis matemática de *un* universo *entendido* desde *todos* los puntos de vista de vez: desde todas las posiciones (cerca, lejos, derecha, izquierda...), desde todos los movimientos (reposo; uniforme, acelerado...), desde todos los

tamaños (grande, pequeño; cambios de escala). Para levantarnos a este punto de vista transcendente o superador de tales relativismos, de aldeano origen evolutivo o fisiológico, es necesario emplear un cálculo especial, de recio nombre: el cálculo *tensorial*, llamado a veces diferencial absoluto (Ricci, Levi-Civitá, Schouten...), y del que decía Langevin que sabía la física mejor que los físicos mismos. Con lo cual prueba documentalmente el entendimiento que es capaz de evadirse de la encerrona de los sentidos.

El *Primer principio* de la relatividad generalizada afirmará: *Las leyes físicas han de tomar una forma que las deje invariantes* (invariables, en lenguaje ordinario inexacto) *frente a todos los cambios de sistemas de referencia.* O en palabras sobadas, sin valor de cambio científico: *Las leyes físicas son independientes de la estructura orgánica del hombre.*

El buen cocinero, decía Platón, sabe cortar el ave por sus naturales junturas. Los demás la descuartizan. La anatomía no divide el animal por donde el carnicero cuando lo vende a retazos. Nuestros sentidos, y el entendimiento guiado por ellos —como lo estuvo en la época griega, medieval y renacentista—, es más bien carnicero de la realidad que sabio en anatomía cósmica. Divide espacio de tiempo; espacio y tiempo, de movimiento; espacio-tiempo y movimiento, de cambios de tamaño. Carnicero fué, y sea dicho con toda la reverencia posible, Newton, al dividirnos espacio de tiempo. El entendimiento que lo siguió en tal descuartizamiento se pasó no de listo, sino de atontado por los sentidos.

No hay ni espacio absoluto, ni tiempo absoluto, ni movimiento absoluto, ni magnitud absoluta: cuatro absolutos, no encajables en una sola realidad. Hay un solo y verdadero *invariante* —dejemos esa recargadísima palabra de Absoluto, en que todos: teólogos, filósofos y físicos hemos puesto nuestras pecadoras y no muy limpias manos, durante siglos y siglos, hasta dejarla irreconocible—. Y para que este invariante no se contamine con esa manoseadísima moneda que son las palabras corrientes, el matemático lo expresará con una fórmula, que ni siquiera puede leerse en forma de proposición, porque no lo es:

$$ds^2 = g_{11}dx_1^2 + g_{22}dx_2^2 + g_{33}dx_3^2 + g_{44}dx_4^2 + 2\,g_{12}dx_1\,dx_2 + 2\,g_{13}dx_1\,dx_3 + 2\,g_{14}dx_1\,dx_4 + 2\,g_{23}dx_2dx_3 + 2\,g_{24}dx_2dx_4 + 2\,g_{34}dx_3dx_4 \qquad (2)$$

Cuando el entendimiento la dice, para lo cual hay que comenzar por saberla leer, pronuncia el verdadero *Sésamo, ábrete.* Se abre o despliega ante la mente *el universo en cuanto unidad.* Unidad de espacio-tiempo-movimiento-magnitud. Unidad de materia y energía, entre otras cosas. La luz —afirmaba Aristóteles, con la seguridad animal que da a una mente ver por los ojos y guiarse por los sentidos—, no es cuerpo (*De Anima*, II, vii, 4). (Lo mismo Santo Tomás, en 1 p. q 67. art. 2, 3). Evidentemente, no había modo en tales filosofías de transformar materia en luz, o luz en materia; quanta 'gamma' en dos electrones gemelos, ni de fabricar bomba atómica, de hidrógeno, reactores atómicos nucleares...

Einstein, menos esclavo —en este punto al menos—, de los sentidos que todos los espiritualistas anteriores, como una consecuencia de la intuición intelectual de la unidad inteligible del universo, descuartizada por el carnicero de los sentidos, escribirá sencillamente la fórmula:

$$E = m\,c^2 \qquad (3)$$

Masa (m) y Energía (E) se diferencian nada más en un coeficiente numérico: c^2, la velocidad de la luz elevada al cuadrado. Materia y luz son dos "estados" de la misma realidad, como hielo y nube lo son de agua. La luz del sol que durante un día cae sobre la tierra equivale a 160 toneladas de materia. En una vulgar reacción química, como la que transforma carbono y oxígeno en dióxido de carbono, la energía calorífica desprendida es de 96 cal. K.

$$C + O_2 \longrightarrow CO_2 + 96\ k\ cal. \qquad (4)$$

Mas en una reacción nuclear, en que se forme helio a base de hidrógeno (como en la bomba H), la materia transustanciada en energía da seiscientos millones de calorías kilogramo (por mol.). Si una libra de materia se convirtiera íntegramente en energía nos proporcionaría el equivalente de 1.500.000 toneladas de carbón.

La sensación y los sentidos son siempre, por oficio, un poco o un mucho sensacionalistas: "hacen sensación". Y, claro está, exageran las diferencias, hacen propaganda chillona y en primera plana de matices cuantitativamente insignificantes, inflándolos en diversidades cualitativamente insuperables. *Espacio frente a tiempo; luz frente a materia; movimiento uniforme frente a acelerado; inercia frente a gravitación; geometría frente a fuerzas; gravitación frente a electricidad.* Cuando llegue, con todo, la hora de la verdad: la de hacer números, todas esas sensibles, sentidas y sensacionales diferencias se reducirán a relaciones cuantitativas, en el caso más simple a relaciones de proporción, si no a igualdades directas. Así inercia y gravitación, masa de inercia y masa de gravitación (o peso). Sobre la formulita

$$E = m\,c^2 \qquad (5)$$

se levantará la magnificente y desafiante columna de una explosión atómica, que no sabemos aún si, a semejanza de los hebreos en el Antiguo Testamento, nos va a llevar por el desierto a la Tierra Prometida, o dejar desierta la Tierra.

Sobre la fórmula, conocida ya por Newton,

$$m = m' \qquad (6)$$

(m, masa inercial; m', masa gravitatoria), ha montado Einstein la teoría de la relatividad generalizada. De nuevo los sentidos nos dan a sentir, sensacionalmente,

que la resistencia de un cuerpo a un empujón o a cambiar de velocidad, y el peso de ese mismo cuerpo son cosas sentidamente diversas. La mente, con todo, debe tomarlas por la misma. Mas para corregir en este punto a los sentidos hace falta buena dosis de matemáticas y otra mayor de juvenil flexibilidad de entendimiento. La distinción entre causa y efecto, o de fuerza y aceleración, en física, se cuenta entre las herencias que los sentidos dejaron a la inteligencia, y que ésta aceptó inocentemente durante siglos. Sobre ella se montaron toda clase de negocitos, desde físicos a filosóficos. Podrá ser gran verdad que todo efecto tiene causa, pero ¿y si no hubiera en realidad ni efectos ni causas? La cuestión vendría a parar en aquella otra tan donosa: ¿de qué color serían los huevos de elefante, si el elefante pusiera huevos? La eliminación de la noción de fuerza en física es más fácil de decirse que de hacerse. Para hacerla hay que cambiar hasta de geometría, cosa más difícil y dolorosa que cambiar de piel. El espacio es la piel de todos los cuerpos; el lugar, la de cada uno. Si se comienza por creer que la forma y estado natural de toda línea es la recta, tendrá que buscarse una causa que retuerza la recta para que resulte circunferencia. Mas la circunferencia no es una recta torcida y cosida. La circunferencia es curva —cerrada-plana— con centro, por definición, por esencia, de suyo, sin causa externa. Newton comenzaba por suponer, siguiendo inocentemente a Galileo, que los cuerpos, dejados a sí mismos, siguen de suyo la línea recta. En tal caso toda desviación de la recta requeriría una causa externa que torciera su curso: una Fuerza. No admitiera Newton en geometría que circunferencia es recta retorcida y cosida. No toda trayectoria curvilínea será, pues, línea recta (inercial) retorcida y cosida, si hace falta, por una fuerza externa. Geometricemos la física, dice Einstein, y sobrarán las fuerzas, las causas, en física; lo mismo que están de más en geometría, para todo tipo de curva. Curva natural en geometría física recibe el nombre de *geodésica*. Lo son, por de pronto, las líneas curvas que tan tranquilamente siguen los astros en sus órbitas; luego éstas, tengan la forma que tuvieren, no piden fuerzas —fuerza gravitatoria—. Exigen, nada más, una estructura especial del espacio. Los sentidos nos regalan, pues, espléndida y porfiadamente sesiones de pintura, de música...; de servir al entendimiento, debieran dárnoslas de geometría pura. Gravitación-inercia; gravitación-electricidad. Todo ello son curvaturas en el espacio (cuatridimensional) tan esenciales, incausadas, como la ascensional curvatura de una hélice, las vueltas de una espiral, elipse o lemniscata. *Teoría del campo geométrico unitario en física,* uno para todo. Y en esta geometrización de lo físico trabajó Einstein hasta su muerte, con Weyl, Eddington, Kaluza, Bargman, Strauss...

El "*Sésamo, ábrete*" que nos descubre la verdadera efigie, —sencilla y geométrica—, del policromado y multisonoro, mas científicamente inaprovechable, mundo sensible es (en el caso más simple) el tensor:

$$G_{\mu\nu} = \{\mu\sigma, a\}\{a\nu, \sigma\} - \{\mu\nu, a\}\{a\sigma, \sigma\} + \frac{\partial}{\partial x^\nu}\{\mu\nu, \sigma\} - \frac{\partial}{\partial x^\sigma}\{\mu\nu, \sigma\} = 0$$

Tal fórmula, simplificable en $G_{\mu\nu} = 0$, se desarrolla necesariamente en *cadena de fórmulas,* parecida a las reacciones en cadena de la bomba atómica. Dejando que $G_{\mu\nu} = 0$ se despliegue ante nuestra mente, veríamos que se eleva al cielo de las ideas una columna de fórmulas: 4, 16, 256.

Y si explotara ante la inteligencia la formulita

$$G_{\mu\nu} - \tfrac{1}{2}\, g_{\mu\nu} G + \lambda\, g_{\mu\nu} - T_{\mu\nu} = 0$$

proyectaría ante nuestros ojos, los del alma, toda la cosmología: estructura del mundo, sus dimensiones, forma total, radio de curvatura...; y como insignificantes consecuencias saldrían: roseta del perihelio de Mercurio (unos segundos de arco por siglo), desviación de los rayos de luz al pasar rasantes junto a una gran masa (también cosa de segundos de arco). Equivalencia de energía y masa (bomba atómica), corrimiento de órbitas, flexiones de rayos, desplazamiento del espectro hacia el rojo..., insignificantes consecuencias son para quien vivía la física como *Aventura del Pensamiento* —revelador y conmovido título de una sencilla obra de Einstein.

Para el buen viejo Einstein, como para el viejo Plotino —a distancia de 1700 años—, *la práctica era,* y debía ser y quedarse, *en sombra de la teoría.* Pacifismo metafísico, del que todos los demás pacifismos de Einstein tomaron origen y justificación.

Einstein en alemán quiere decir lo mismo que *monolito* en griego castellanizado. En Einstein tomó la física clásica consistencia y forma monolítica: de una piedra, de una pieza; que de una pieza fué su persona.



POR FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

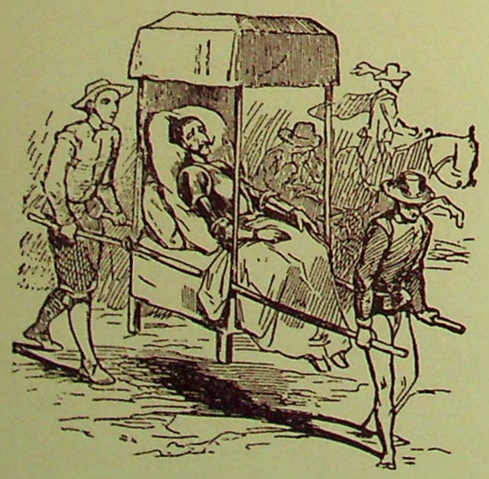
Aquella gran voz que dió Don Quijote al despertar finalmente, no de su disparatada locura, sino de su gran sueño de gloria, y al dirigirse a Dios en actitud de reconocimiento y de alabanza, suele recordarme (guardando las infinitas distancias de Creador a criatura y de hecho histórico a hecho artístico) el patético clamor con que Jesucristo invocó a su Padre poco antes de poner fin a su redentora tarea. Cerca de la hora de nona, y desde la cruz en que agonizaba, el Salvador del universo pronunció, mitad en siriaco y mitad en hebreo, las palabras del tremendo *quareme dereliquisti* de nuestro salmo XXI, y no por cierto con el imperceptible aliento que sería de suponer en quien estaba casi al cabo de sus dolores, sino con un acento cuya intensidad (incomprensible en tan extenuado cuerpo) parecía querer significar, además del absoluto poder de divino moribundo sobre su propia vida (como asegura San Juan Crisóstomo), su irrevocable voluntad de consumar de una manera clara, firme y terminante la empresa que lo había hecho dejar el seno paterno para venir a justificar a los hombres.

Don Quijote, por su parte, volvió de su largo sopor de más de seis horas y *(magna voce,* también) bendijo al Señor, que tanto bien le había hecho y que con tanta

misericordia se apiada de los errores humanos. Su noble misión había terminado, y aquel era el punto en que se imponía dar fe de la dignidad de ella levantando la voz para agradecer al Dios de los ejércitos la asistencia dispensada durante carrera tan larga, tan fecunda y tan provechosa. Poco importa —me digo— que la cosecha material no hubiera sido sino de palos, y menos todavía que quien los tenía grabados en las costillas no vistiera púrpura ni ciñera corona, sino una pobre almilla de bayeta verde y un rojo y raído bonete toledano, ni tampoco hay que lamentar —añado— que a la vuelta de tantas aventuras y de tantas proezas no hubiera más trono que el de una vieja cama ni más alcázar que el de una modesta casa campesina para quien con tanto valor había emprendido las unas y con tanto heroísmo había dado término a las otras.

Y digo que ni aquello importa ni esto es digno de ser lamentado porque creo que la misión del caballero manchego no consistió precisamente en conquistar reinos ni en allegar honores, sino en dar testimonio de la verdad, y en darlo, dicho sea de paso, no con la cautelosa, mezquina y zorruna razón de los que pasan por cuerdos, sino con el rotundo juicio de los que son tenidos por locos. Todo ello había sido completamente realizado y cumplido por nuestro hidalgo en el escandaloso estilo de los héroes, es decir, atropellando molinos, deshaciendo rebaños y desbaratando y desvaneciendo las sucesivas formas de la gran mentira con que el mundo había querido engañarlo, vencerlo y destruirlo. Y el fin de todo ello era que el testimonio de la verdad había sido dado de modo cabal y completo, y que el hidalgo agradecía a Dios con estentoreidad de verdadero agradecido el haber tenido corazón, brazo y aliento para dar aquel testimonio de manera total.

Bien sé que Cervantes pone luego en boca de su criatura palabras que implican el reconocimiento de su locura anterior y, por lo tanto, la falacia de su gloriosa carrera. En vez de dudar de ellas prefiero atribuirlas a la entrañable humildad de quien las pronunció. Prefiero imaginar que en un último arranque de sublime





abnegación, Don Quijote resolvió renunciar de todo en todo a la vanagloria del mundo, declarando haber sido hechos de loco (y, consiguientemente, dignos de compasión antes que de fama), los que su aliento, su brazo y su corazón habían levantado a lo más alto de la consideración de los hombres como triunfos excelsos del más puro y más heroico de los mortales sobre la ciega potestad del tiempo y sobre el mudo rencor del olvido. De sobra sabía el hidalgo que en el propio vencimiento está cifrado el supremo heroísmo, y por eso es lógico suponer que después de haber vencido a sus enemigos exteriores tuvo que haber pensado y resuelto vencer al que llevaba escondido en lo más hondo de su propio corazón.

Y allá se fué Don Quijote, pecho adentro, decidido a terminar una vez por todas con los ejércitos de su propio orgullo y de su propia estimación sin otra lanza que la de su sinceridad, sin otra rodela que la de su confianza en la protección divina y sin otra decisión que la que da el deseo de conquistar para siempre el reino de los cielos. Y allá llegó Don Quijote. Y allá peleó y allá triunfó. Y de allá volvió, sonriente y feliz por haberse desembarazado de sí mismo, con la resolución final de poner en limpio su alma por medio de la lisa y llana confesión de sus culpas. Después de habérselas escuchado y perdonado (no como el clérigo socarrón y tracista que por naturaleza siempre había sido, sino como lo que debía ser y era en virtud de la gracia de su ministerio sacerdotal), el cura declaró que Alonso Quijano el Bueno estaba "verdaderamente cuerdo", lo cual no se opone en lo más mínimo a que pensemos que, durante el acto sacramental, el penitente había callado su gesto de final renunciamiento (gesto que constituía una virtud y no un pecado), para limitarse a lo que de ningún modo podía excusar en conciencia, vale decir, a la recta, simple y fiel enumeración de todas sus transgresiones a la ley divina.

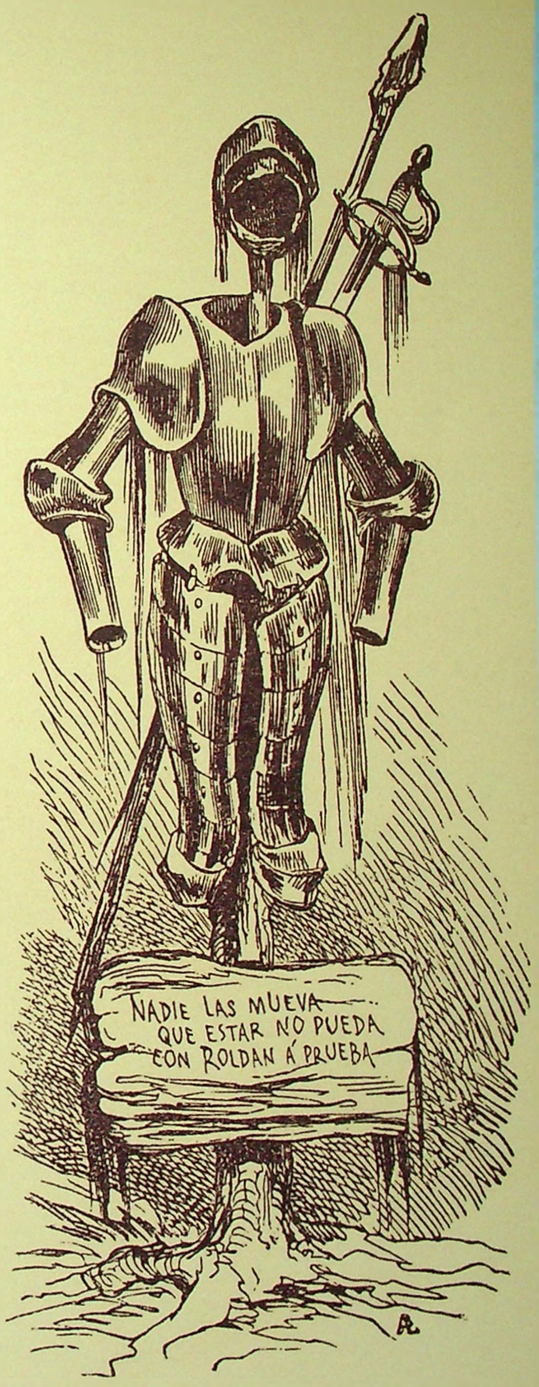
Determinado como estaba, pues, a llevar hasta sus últimos extremos de perfección aquella proeza final de su vida, Don Quijote renunció con unas cuantas palabras a todos y a cada uno de los numerosos méritos conseguidos en el ejercicio de su durísima profesión, para terminar consintiendo que se lo despojara nada menos que de un nombre que, a fuerza de hazañas, había llegado a ser consubstancial con lo más íntimo y delicado de su personalidad de paladín de paladines. Desnudo hasta de su nombre espiritual (puesto que aquel de

Alonso Quijano a que se veía nuevamente reducido no era sino su apelativo carnal y lugareño), Don Quijote pudo acabar de romper sus últimos vínculos con las cosas de un mundo al que había juzgado para siempre mediante un acto profundamente libre de su soberana voluntad.

En los tres días que mediaron entre aquel punto y el de su tránsito, las palabras y acciones del hidalgo no fueron (según el relato cervantino) sino las del buen hombre que, sintiendo llegar sus últimos instantes, hace testamento, se deja rodear de los suyos, da sus consejos finales, recibe los extremos auxilios y entrega mansamente su espíritu al Creador entre los rezos y las lágrimas de sus desconsolados deudos. Hasta el último minuto de su vida Don Quijote no cesó de confesar su vieja locura ni de abominar públicamente de los libros que, a su entender, se la habían ocasionado. Y para que no quedara lugar a dudas acerca de su aborrecimiento a estos instrumentos de su extravío mental, hasta dictó una manda testamentaria en virtud de la cual su sobrina no podría casarse (sin perder el derecho a la herencia) sino con hombre que no tuviera la menor noticia de lo que fueron ni de lo que hicieron los Amadises, los Esplandianes y los Palmerines de tan funesta memoria. Así libró y así ganó Don Quijote la más difícil batalla de cuantas había librado y ganado en el curso de toda su campaña, consumando con tan alta victoria la más alta proeza que un hombre puede realizar en este bajo mundo.

Pero ¿y su vieja decisión de acabar la vida en el noble ejercicio de las armas? ¿Y aquélla su repetida promesa de morir en la ley de la caballería andantesca? ¿No se la había formulado con toda claridad y solemnidad a su ingenua sobrina y al intemperante capellán de los Duques? ¿Era posible que Don Quijote, el mismísimo Don Quijote, faltara a su palabra en el momento decisivo de su existencia, y que terminara pacíficamente sus días en la obscuridad de su lecho y de su casa, en aquel pueblo cuyo nombre (a fuerza de ser obscuro también) ni siquiera el más puntual de los cronistas del héroe se había dignado recordar ni recoger en la primera parte de su inmortal historia?

Quiero creer que Dios no se lo permitió. Quiero creer que Dios, que es infinitamente misericordioso, lo hizo morir de la noble manera en que merecía morir. Quiero creer que (mientras los ojos curialescos, barberiles y bachillerunos de quienes rodeaban aquella cama no veían en ella sino los previstos incidentes de una muerte vulgar), los ojos del Caballero de la Triste Figura recobraron la luz de su mundo de siempre para gozar del noble espectáculo de un fin muy parecido al que había tenido, siglos antes, el rey Arturo, flor y nata de guerreros, honra y prez de enamorados, y espejo, dechado y cifra de toda la hidalguía y de la caballería toda. Quiero creer que, por bondadosa dignación divina, se repitió allí algo muy semejante a lo que había acontecido al misterioso monarca en los últimos momentos de su vida, según la relación que de ellos habían hecho mucho antes las viejas leyendas británicas (tan bien aprovechadas y latinizadas



por Geoffrey de Monmouth), y según el hermoso poema con que Lord Tennyson los había de cantar mucho después.

Quiero creer, digo, que Don Quijote volvió a verse derribado y vencido a manos del Caballero de la Blanca Luna en las arenas de la playa barcelonesa, pero no solamente aturdido y magullado como entonces, sino realmente malherido y verdaderamente moribundo. Y que en las postrimerías de aquella situación desesperadísima, nuestro desventurado hidalgo advirtió que por la grandeza de aquel mar que había sido testigo de la grandeza de su derrota se acercaba despaciosamente una barca que al principio le pareció la misma que una vez había estado a punto de entregarlo a la furia de ciertas aceñas encantadas, pero que poco a poco se le fué revelando como más sombría, más doliente y mucho más espaciosa. Y que en la proa de aquella majestuosa barca, envuelta en luto y llena de una muchedumbre de seres encapuchados que unían su dolor en un gran canto solemne, venía el rey Arturo en persona, armado de pies a cabeza y escoltado por las dignas y coronadas figuras de las tres reinas, así como por una dulce y pálida forma en la que el ínclito guerrero de la Mancha no tardó en reconocer a su adorada Dulcinea, definitivamente libre del encanto que durante tan largo tiempo había padecido.

Y que, no bien aquella luctuosa barca hubo llegado junto al sitio en que Don Quijote agonizaba, el rey Arturo bajó de ella, se acercó al caballero moribundo, lo cargó sobre sus espaldas y, con él a cuestas, volvió y subió a la embarcación en que había venido, para depositarlo finalmente a los pies de la desconsolada emperatriz del Toboso. Y que esta maravillosa doncella dió refugio en su regazo purísimo a la fatigada cabeza de quien con tan limpio corazón había amado y con alma tan limpia estaba muriendo. Y que en la enigmática barca en que ambos se hallaban al fin reunidos para siempre, Dios dispuso que fueran llevados, no a la bienaventurada isla en que tiene su asiento el paradisíaco Avalon artúrico, sino a la que en medio del océano de los siglos, está formada y constituída por la memoria universal de los hombres. Y que en aquella isla del perpetuo recuerdo, y junto a la mujer que había sido la mitad de su vida y que ya empezaba a ser la mitad de su gloria, recibiera nuestro gran caballero el premio eterno a un heroísmo y a una fidelidad que a los ojos humanos pueden parecer señales de verdadera locura, pero que para los ojos divinos son los más claros indicios de la cordura suprema.

FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

Escritor y poeta argentino de gran renombre literario, nació en Buenos Aires en 1900. Perteneció al grupo "Martín Fierro", que tanta importancia tuvo en las letras argentinas de 1925 en adelante. Sus primeros libros de poesía fueron publicados en España, donde residió algún tiempo. Pertenece a la Academia Argentina de Letras y es asiduo colaborador de los principales diarios y revistas do América.



LUIS VILLALBA-VILLALBA

La Margarita

Margarita —*Garita del Mar*—, flotante sobre el mar de las perlas
—su mar— que cruzaron mil veces las expediciones libertadoras.
Garita escrutadora de los abismos pelásgicos y de las pleamares
y vendavales antillanos que se abaten sobre el estuario de sus costas.
Garita que atalaya, desde el puente de mando del porta-navíos insular,
el gallardete de alguna carabela corsaria, el penacho de
humo de los trasatlánticos o el fúlgido diamante del cardúmen. Garita
de la estación naval, a cuyo vigía no escapan ni el revoloteo
sangriento del "tigre del mar", ni el cabeceo de los mástiles, ni los tentáculos
de las redes, ni la algazara de alcatraces y tijeretas y el vocerío
aturdidor de los pescadores a la hora de canaletear y de bracear
con las "mangas" para traer el tren a la medialuna playera,
ni el relampagueo zigzagueante del faro en medio de la cerrazón de la noche.
Garita —orgullo de la geografía patria— familiarizada con el ritmo
orfeónico de las olas, con las doradas irisaciones de la
costa, con el canto de los marinos y el secreto encanto del mensaje
luminiscente de sus auroras. Garita crecida entre dos amores:
abajo la blancura de la espuma; arriba el parpadeo azul de las
estrellas. Nacida —isla afortunada— para amar el sinfín de los
horizontes y para marcar a Venezuela, por Oriente, el rumbo de
las corrientes y las ondas marinas, que es rumbo de libertad, porque se
extiende en todas direcciones hacia los cuatro puntos cardinales del mundo.





Ruinas que acaricia la brisa del mar

Margarita, *por bella.* Bella en el llameante atardecer de Juangriego, en el ambiente translúcido de Porlamar, en el lucero del alba por los lados de la Caranta, en el olor de campos húmedos y en la copla del marinero que regresa de lejos tras la ventolera de correr mundo más allá de los horizontes, como lo pintó Vicente Fuentes. Bella en la arboladura de los barcos que llegan y en las velas infladas de los que se hacen a la mar, en el centelleo plateado de las aguas y en el beso de la marejada en los senos de las playas. Bella en el río de luz que desborda por el diáfano cristal del cielo y se deshace en filamentos opalinos sobre el azul nacarado del mar. Bella cuando los hijos de la mar —los hombres de bronce de Vicente, el Bravo Aventurero, a quien golpeó ¡tanto! el agua salada— cantan en la hora divina saludando con sus voces, antes que el hombre de los campos, al advenimiento del sol. Bella en la copla que enhebran de popa a proa capitanes, "cabo de vidas" y palanqueadores, cuando en "las temporadas" nube de "caladoras" rumbea desde El Tirano y Punta Ballena, desde la Ensenada Moreno y Punta Mosquitos, desde Punta de Piedras y los ijares de Macanao, hacia Isla Rica, la Cubagua amasada con sangre y lágrimas de aborígenes y africanos. Bella en la rebeldía de Luis Castro, mestizo tostado por el sol de Porlamar, su Pueblo-de-La mar, de hondo resonar de caracol marino, privilegiado en las cosechas líricas, en la Niobe infeliz de Mata Silva, que a triunfar destina sus lágrimas de sangre, en los corales, sus lágrimas de amor, las perlas finas; en el Milagro de La Perla de Jesús Marcano Villanueva, cuando la sonríe y la adora la Virgen cautiva en el valle de la gracia; en el oro veneciano de los sonetos de Pedro Rivero, el uliseano, que nació del mar; y en el lirio que Navarro González vió morir de belleza y de sol en el jardín del viejo convento franciscano, una tarde loada en su fe republicana. Bella en los meandros de los manglares —islas arbóreas— de la Restinga, constelados de garzas multicolores, gemelas de la pajarería exótica que Solano estampara en carta inmarchitable. Bella en el claro de luna de la Cueva del Bufón o navegando en raudos cayucos por sobre las encrespadas ondas de El Tirano, frente al Guayamurí evocado en el poema inmortal de

Arreaza Calatrava, suerte de San Miguel Arcángel que escolta el valle de Paraguachí y desnuda con mirada zahorí a los "tiranuelos" que de espaldas al refugio maternal de las orillas se lanzan en su primer gesto de aventura a la ancha mar. Bella cuando el hijo del pescador abre en abanico, desde el corazón de la "ojereta", el esparavel, con la ilusión de atrapar sardinas, rabirubios y robalos. Bella como las cuentas blancas —margaritas— con que los guayqueríes adornaban los cuerpos de sus mujeres y como la estrella que la simboliza en el arcoiris de la bandera.

Esparta la nueva, *por heroica.* Margarita la Almiranta, timbre y prez del gentilicio. Margarita, flor de hierro en el escudo, que dió a la patria una Aldonza Manrique, una Luisa Cáceres y una Concepción Mariño, como dió varones de temple sobrehumano, hombres como para pelear por la libertad de América, capaces de salirle al paso a Lope de Aguirre y sus marañones, como le saliera por Punta de Piedras aquel Fray Francisco Montesinos, con sus remeros y sus versos; capaces —como Mariño y Francisco Esteban y Arismendi— de responder a Don Pablo su bravata de los Varales, con aquellas palabras dignas del corazón de la Venezuela Heroica: "bien podrá coger por triunfos, para satisfacer la tirana ambición de su soberano, y complacerse con ellos, la área estéril y desolada de la Isla Margarita, pero jamás podrá decir que se le rindieron sus ilustres defensores". Heroica, cuando los caciques guaycoras, sin otras armas que sus macanas, sus botutos y sus pechos desnudos, se opusieron a los arcabuces, cascos y armaduras de los conquistadores y a los azotes de los esclavistas. Fueron los pechos de los guayqueríes el único bastión que a su paso encontraban los saqueadores, bucaneros, corsarios y filibusteros —ingleses, franceses, holandeses— que invadieron las playas de la codiciada Isla a lo largo del siglo XVII. Heroica con Fajardo, nuestro primer mestizo y primer Conquistador del Valle de Caracas; con los marinos de la escuadrilla de Antonio Díaz en la mañana de Pagallos, que abriera la navegación del Orinoco a las armas republicanas; con sus hombres y sus mujeres en la Plaza de la Asunción para insurgir contra la barbarie, como insurgiera el 4 de mayo de 1810. Heroica cuando en la asonada de Güiria por brazo del Licenciado Gaspar Marcano salva al Libertador, el viejo Licenciado que en frágil piragua con dos bogas retornó de Trinidad el año 1817 para batirse con sus paisanos contra los aguerridos y brillantes regimientos del Pacificador, de Canterac y Aldama.

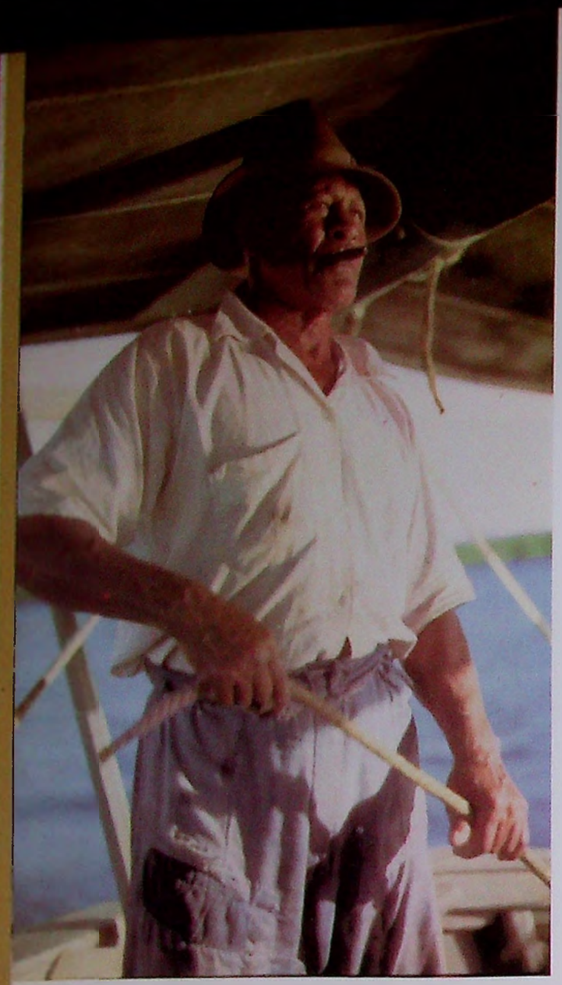
En su rabia impotente Morillo al referirse a Margarita la apodó, cierta vez, la Isla Maldita, refugio de hienas rebeldes. Era ni más ni menos el bronco lenguaje con que solía cubrir el nombre de Juan Bautista Arismendi, ante la impasibilidad y los retos, dignos de Ayax, del férreo caudillo insular que tanto contribuyera a malear su prestigio de Mariscal de Campo y a empañar sus pomposos títulos de Marqués de La Puerta y Conde de Cartagena. Lo que el cazurro Don Pablo cuidóse de velar discretamente, fueron sus propias provocaciones insolentes, los procedimientos de Ceballos en el Hospital de Valencia, con los enfermos, como el oficial patriota Peletán, a quien le fueran sacados los ojos con tirabuzones, o como a la sirvienta de Escalona en la misma ciudad, a quien, antes de prenderle fuego, le arrancaron la lengua atada a un camastro; los procedimientos de Boves y Antoñanzas desollando y despalmando las plantas de millares de republicanos. Pero sobre todo, no quiso el Pacificador puntualizar que las retaliaciones de Arismendi en la Villa de El Norte fueron obligada consecuencia de la degollina que el brillante Regimiento de Infantería La Unión consumara friamente en el Valle del Espíritu Santo. Tal el índice funesto que remataría luego en el horror de la Guerra a Muerte. Y sería en la propia historiada Villa del Norte, en la Asamblea de 8 de mayo de 1816, donde el Libertador dejaría escuchar su palabra de justicia anunciando la terminación de la Guerra a Muerte. Símbolo acabado y justo de la Esparta invencible fué la propia esposa de Juan Bautista Arismendi, sometida en el Castillo de Santa Rosa a tormentos físicos y morales sólo comparables a los vividos en plena Edad Media por Juana de Arco en el torreón del Castillo de Rouen, custodiada por los sabuesos de Cauchon, carceleros de la peor ralea, de la guarnición de Warwick.

Doña Luisa, par de la Eulalia Buroz de la Casa Fuerte, a trance de guerra estuvo siempre para defender la soberanía de la patria heredad, sin que nada fuese bastante a quebrantar la arrogancia de su alma.

Margarita *la grande:* el heroísmo de la Isla resplandeciente acabamos de verlo en la gesta de sus hombres y sus varones en días impares, de epopeya escrita a sangre y fuego por quienes se disputaban el dominio de



Aquí golpea, incesante, la espuma ágil de la ola



Su mirada escruta el horizonte, fuerte y confiado...

la Venezuela sin amos. En todos los tiempos la lucha de Margarita por su libertad, la lucha de Venezuela por su independencia —y, con ella, de América—, se pueden citar como ejemplos de grandeza y de insuperable abnegación heroica. Pero ese es sólo un aspecto del heroísmo, el heroísmo de las batallas que por lustros de lustros ha sazonado nuestra historiografía romántica. La historia hecha para servir de marco a la fanfarria patriotera de los oportunistas. Una historia que pinta a los héroes como semidioses, ajenos por entero al medio geográfico, a la infraestructura económica y demás factores circunstantes. La guerra de independencia en Margarita sería pura y simplemente expresión de la voluntad de los guerreros empenachados: de sus Mariños y Arismendis, de los Gómez y Maneiros. La verdad es, que con ellos, surgieron para brillar con luz propia una legión de hombres de pensamiento y de mujeres humildes, generosas y gallardas, un pueblo que supo actuar siempre a la altura de las necesidades y de las resoluciones sublimes, un pueblo hecho a la medida de sus destinos gloriosos. Margarita fué presencia viva en los momentos estelares de la brega emancipadora. Sus barcos y sus pescadores y labriegos, sin ostentaciones y sin tacañerías, cruzaron de uno a otro extremo a Venezuela, del Orinoco al Ande, del Avila a los remotos llanos apureños, para batirse hombro a hombro con el resto de sus hermanos, donde quiera que era necesario descargar impactos certeros al enemigo, especialmente cuando había que detener, siquiera momentáneamente, como en Boca-Chica y San Mateo, las lanzas ensangrentadas de Boves.

Grandeza, y de la positiva, ésta de la fiesta civil, historia sin detonaciones ni algaradas, la que escribe el margariteño de nuestros días cuando emigra de la Isla al Continente para apacentar rebaños, husmear vetas auríferas, plantar huertas y taladros. Apretados conglomerados de colonos, apreciados por su obstinación en el trabajo y la sencillez de sus costumbres y la campechanía de sus gestos y su habla cantarina, ora en el Delta orinoquense, o en el corazón de la selva guayanesa, o en el Lago y Falcón, o en Caripito y El Tigre, o en la dorada Pampa de Lazo Martí o en la Sierra Nevada que perfuma el frailejón.

Grandeza, cuando en su ansia aventurera, traspasa los celemines patrios y lleva su éxodo hasta las patrias de Sarmiento y de Lastarria, de Olmedo y de Florencio Sánchez, o más allá todavía, como en aquella odisea del puñado de margariteños que el año 1934 fueran contratados para trabajar en las costas de Arabia en la pesca de perlas. El malogrado poeta aragüeño Julio Morales Lara en su "Huella Errante", con fino don de evocación, plasmó el itinerario de estos pescadores venezolanos: La Guayra-Marsella, Marsella-Egipto, pasando por el Canal de Suez, al Mar Rojo, a la propia costa arábida. La figura de Moisés con sus barbas caudillas, se avivaría en el recuerdo de los bravos hijos de Margarita. A sus oídos regresarían tenues las palabras de la maestra poblana, cuando presa de fervor bíblico comentaría el pasaje de la Historia Sagrada sobre Moisés con la mano extendida sobre el mar, dejando las aguas divididas tras el soplo de un nocturno viento abrasador. Como si fuese Julio un margariteño curtido en las penurias del solar terruñero y sabedor de la proverbial diligencia de sus hijos, exclamaba: el margariteño, ese recio venezolano del mar de las perlas, es conocido como elemento apegado a su tierra isleña. Vive su vida laboriosa, de costa a costa, siempre de frente al mar... aventurero del mar, lo mismo lucha a bordo de una piragua que en el vientre de una escafandra. Las noches extranjeras serán las que tentarán más a estos hombres de bronce. Cada noche les acercará al retorno. ¡El retorno! Apenas, acabados de llegar, comenzará el anhelo del regreso. El día del retorno siempre les estará aguardando en la cubierta de cualquier buque. Para sus ansias isleñas la emoción de volver a ver tierra margariteña logrará, allá en la ausencia, tener más cerca el mar de las perlas y su patrona, aquella Virgen del Valle, que siempre anda silenciosa e invisible, cuidadora y diligente, en tierra o mar, esfumada en la sombra andariega de todo buen margariteño.

Esa la grandeza no menos heroica de Margarita: la de mirarla sus hijos con ojos de servicio, con ojos limpios de fraude, angustiados ante la escasez de sus lluvias y ante los requerimientos inaplazables de sus industrias caseras y del empobrecimiento en la riqueza de sus perlas y trenes de pesquería. Heroísmo del que muchos venezolanos ni siquiera tienen noticia, porque no es el estruendoso de cañones y trompetas, sino el callado del sudar y el padecer en el conuco, en la paneta del trespuños y en la pesca practicada en la "escurana". El heroísmo que Casto Fulgencio López, borracho de azul de cielo y de mar, de redes y de sol, advirtió en las prolíficas mujeres margariteñas, las mujeres más trabajadoras del mundo, las garridas mozas, de lascivos ojos y levantada frente, de condición benévola y humana, que dijera el cronista-poeta Juan de Castellanos.

En la fuerza de trabajo de su pueblo, no siempre mirada con amor y a menudo pésimamente retribuída, está lo intransferible, la majestad de su fisonomía, la levadura ideal que habrá de mantenerla, cualesquiera que sean los vaivenes de los tiempos, a flote, siempre en lo alto como en los días de gesta la farola de la nave capitana de la Expedición de Los Cayos. Díaz Rodríguez así lo comprendió, cuando al cruzar Margarita en todos los rumbos la encontró como la había soñado: bella y sencilla, ingenua y brava, fecunda y fuerte. Y como no se detuvo a pensar, extraviado por la codicia, en la maravilla de las perlas, sino en la Margarita que es luz, oriente y ruta, dejó por siempre su corazón enclavado en el Farallón de Pampatar.



Dr. LUIS VILLALBA-VILLALBA

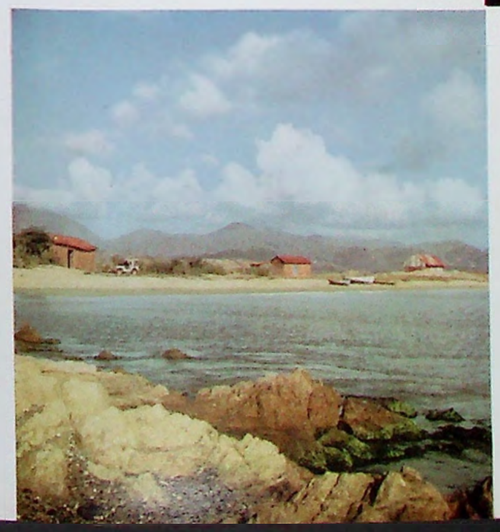
Nació en Pampatar (Nueva Esparta) el 16 de setiembre de 1906. Maestro y Profesor universitario de probada vocación y amplia trayectoria, ejerce cátedras actualmente en la Universidad Central de Venezuela y en la Universidad Privada "Santa María". Colabora constantemente en las principales revistas y periódicos venezolanos, sobre temas de índole educativa, histórica, sociológica y jurídica. Ha concurrido a numerosas reuniones científicas en el extranjero. Posee la Medalla de Honor de la Instrucción Pública, que le fué otorgada el 22 de julio de 1949.



La vieja torre que conoce las historias del puerto



A plena luz, la mansedumbre del pueblo



Playa donde descansa la esperanza del viaje lejano



Marco para el azul brillante, sobre el reflejo ardiente del sol



ARTURO USLAR PIETRI

Nació el 16 de mayo de 1906 en Caracas. Estudió en la Universidad Central de Venezuela y obtuvo el grado de Doctor en Ciencias Políticas. Arturo Uslar-Pietri es uno de nuestros eminentes escritores contemporáneos, distinguiéndose particularmente en el campo de la novela, el cuento y el ensayo. Recientemente le fué otorgado el Premio Nacional de Literatura. Ha tenido gran figuración pública y entre sus actividades universitarias se destacan sus cargos como Profesor de Economía Política en la Universidad Central de Venezuela, y profesor de Literatura Hispano-americana en la Universidad de Columbia, New York.

LA GRANDE Y DORADA AVENTURA DE Sir Walter Raleigh

POR ARTURO USLAR PIETRI

Rica en sucesos y en nombres es la historia de Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVI, que está personificada por aquella mujer extraordinaria y enigmática, que se conoce con el nombre de la Reina Isabel. En los retratos de su tiempo aparece vestida con un traje casi arquitectónico y con una cara dura y poco hermosa. Es la mujer que nunca llegó a casarse, de la que se contaron muchas historias de favoritos y que encontró energía y visión suficientes para gobernar con mano admirable y con gran tino a Inglaterra en un momento decisivo de su historia. Es la Reina del Renacimiento inglés, la Reina de Shakespeare, la del duque de Essex, la de los grandes eruditos como Bacon y de los grandes aventureros como Drake, de los hombres de presa que recorrían el mar echando las bases del Imperio Colonial inglés y de la supremacía marítima, y de los que con su literatura estaban forjando el esplendor de la lengua inglesa en la época en que llega a su culminación.

En la Corte de esta mujer, donde abundaban tantos hombres extraordinarios, vamos a fijarnos en uno de los más curiosos y ricos en contrastes. En aquel adulado y perseguido, exaltado y execrado Sir Walter Raleigh, que tuvo una vida fulgurante y al que los cronistas españoles llaman Guatarral o Guaterrali, el pirata.

Raleigh fué un hombre de su tiempo en todos los sentidos, una mezcla poderosa de vicios y virtudes. Fué, por de contado, un aventurero, un hombre para quien la vida tuvo, principalmente, el sabor del riesgo; fué navegante, militar, político, cortesano, poeta, historiador, descubridor de tierras nuevas y uno de los primeros que tuvo la concepción de lo que debía ser el poder político y colonial inglés frente a la potencia española, que era en su tiempo la más grande del mundo.

Walter Raleigh alcanzó en la Corte de la Reina Isabel grandes dignidades, que debió en buena parte a su ingenio, a su extraordinaria cultura y a su apuesta figura personal. La Reina gustaba de estar rodeada de hombres apuestos, cultos y galantes, y entre ellos se destacaba Raleigh.

Había tenido una educación cuidadosa en Oxford, siendo todavía un niño fué a guerrear en Francia del lado de los hugonotes contra el Rey. Más tarde combatió en los Países Bajos contra los españoles a favor de Guillermo el Taciturno; fué también a combatir la insurrección irlandesa. Llegó a ser Capitán de la Guardia de la Reina, que era un puesto muy importante y que traía consigo grandes privilegios; organizó varias expediciones marítimas y en una de ellas llegó a las



Río Caroní

costas de la América del Norte y fué el primer fundador, aunque de manera precaria, de la colonia que se llamó desde entonces Virginia, en homenaje a la soberana, a quien se la conocía con el nombre de "La Reina virgen".

De ese viaje no quedó ningún asiento permanente, pero, en cambio, él apareció como el importador de dos grandes novedades que tuvieron una extraordinaria influencia en el destino político, social y económico de Europa: el tabaco y la papa. Raleigh fué el primero que llegó a Inglaterra con una pipa, fumando tabaco de los indios americanos, y a propósito de esto se cuentan graciosas anécdotas como aquella de que un día su criado entró en la habitación, le vió echando humo por la boca y las narices y sin más le arrojó un cubo de agua al rostro creyendo que estaba incendiado. Con el tabaco trajo las primeras papas, aquella bruna manzana de tierra que más que el oro y que la plata y que ningún otro don, contribuyó a permitir el desarrollo de la población europea en los siglos XVIII y XIX. Sin la papa, Europa no hubiera podido nunca llegar a tener el predominio demográfico que tan decisivamente pesó en la historia.

Fué poeta culto, amigo de grandes figuras de su tiempo, como Spencer, el famoso autor de "The Fairie Queen"; como Marlowe, y, probablemente, también de Shakespeare, que fué su contemporáneo.

Este hombre que gozó del favor de la Reina, que tuvo altas situaciones políticas, que cayó en desgracias transitorias y fué a parar a la Torre de Londres, en una de ellas porque osó casarse con una dama de la Corte, cosa que debió ofender a aquella Reina absorbente y autoritaria, este hombre tiene interés para nosotros, aparte su valor humano general, por la relación que tiene con nuestra patria.

El año de 1595 Walter Raleigh organiza una gran expedición para penetrar en el Orinoco. Es una de las primeras que se dirige al gran río, y, sobre todo, es la primera de la que Europa recibe una descripción completa y detallada, de modo que podemos decir que es el hombre que revela el Orinoco y la riqueza del país de Guayana al mundo europeo.

Ese viaje es breve y tiene pocos incidentes notables. Walter Raleigh sale el año de 1595 y se dirige a Trinidad, que entonces era una isla española.

En Trinidad había un pequeño asiento que se llamaba San José de Oruña, donde estaba el gobernador Berrío con muy poca gente. Toma por sorpresa a San José de Oruña, incendia la población y se lleva a Berrío preso, para remontar lentamente, con grandes trabajos el río, hasta un punto que debe ser, seguramente, la confluencia del Caroní con el Orinoco. Probablemente, entró por el Caroní hasta los saltos y allí estuvo un tiempo haciendo incursiones por tierra, recogiendo informaciones y noticias, especialmente del famoso país del Dorado, y luego regresa a Inglaterra, donde va a informar de sus descubrimientos.

En relación con esta expedición ocurre un incidente muy notable y es que uno de los capitanes que acompañaba a Raleigh, en el camino se desvía, y no llega a la cita de Trinidad. Este capitán, Amyas Preston, es el famoso pirata que en las viejas historias de Venezuela toma a Caracas el año de 1595, entrando por el cerro, por un camino excusado, mientras los vecinos lo esperaban por el Camino Real; que exigió rescate, quemó varias casas y tuvo el famosísimo encuentro con el único

hombre que había quedado en la ciudad, el viejo Alonso Andrea de Ledesma, que en un mal caballejo, armado con una lanza, de una manera quijotesca, salió a hacerle frente al invasor y cayó muerto de un arcabuzazo.

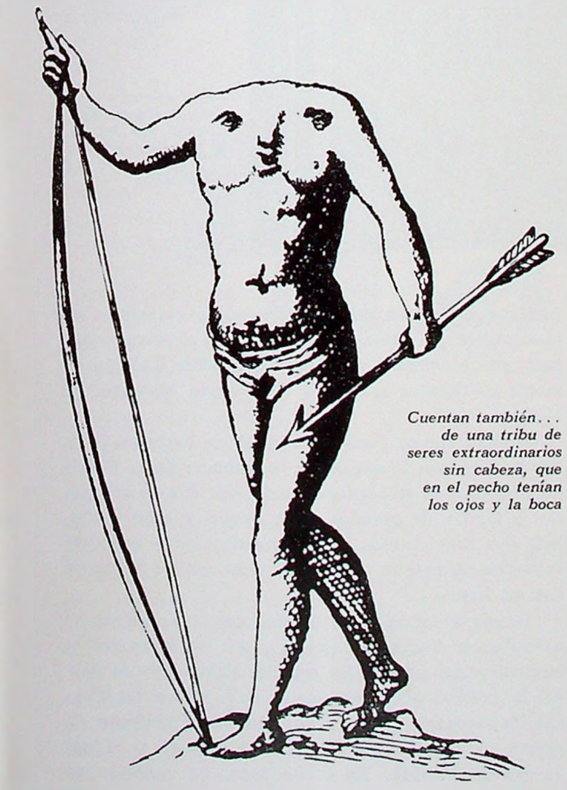
Al regreso a Inglaterra, Raleigh publica un libro notable, bajo el largo título de *"El descubrimiento del grande, rico y bello Imperio de Guayana con la relación de la grande y dorada ciudad de Manoa"*.

El libro contiene muchas informaciones exactas, otras son absolutamente fabulosas, pero nosotros no podemos juzgarlas hoy en día sino a la luz de lo que era la credulidad normal de un hombre del siglo XVI, que estaba acostumbrado a oir las relaciones inauditas del Imperio de los Incas, del de los Aztecas, y para quien no era dudosa la posibilidad de que existieran aún tierras mucho más ricas, como las de aquel fabuloso Rey Dorado al que ellos se referían.

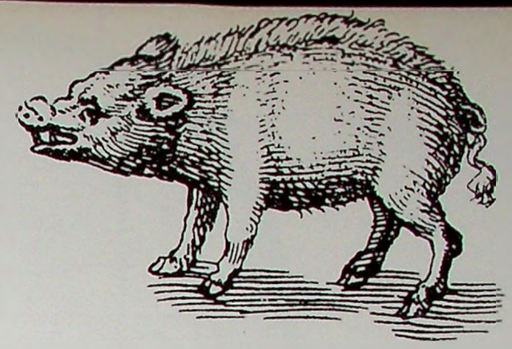
Para ese libro Raleigh hace dibujar un mapa muy curioso en el que figura la costa de Venezuela, la isla de Trinidad, la zona del delta del Orinoco con todo su cúmulo de islas y la entrada del gran río.

Hacia el sur pone una especie de mar interior que nunca ha existido, y al que Raleigh llama, lago Parima o Parime, y en cuya ribera oriental dibuja un poblado que es, nada menos que la ciudad de Manoa, el asiento del Rey Dorado.

Esa visión de riqueza extraordinaria es la que él asocia al nombre de Guayana.



Cuentan también... de una tribu de seres extraordinarios sin cabeza, que en el pecho tenían los ojos y la boca



Curiosa ilustración del mapa de Raleigh

Más tarde los ilustradores van a deformar de acuerdo con su propia imaginación, porque no tenían referencia directa, los informes de Raleigh. El habla de los grandes lagartos del Orinoco, que eran los caimanes, pero los ilustradores europeos, que no habían visto un caimán, se imaginaban una gran serpiente de agua que devoraba hombres. Cuenta también, porque se lo han dicho o lo ha creído entender, de una tribu de seres extraordinarios sin cabeza, que en el pecho tenían los ojos y la boca y la cabellera les caía de los omoplatos. Todo esto lo representaron los ilustradores de una manera ingenua, como también lo que se imaginaban que era la ciudad de Manoa, en la ribera del lago Parima, en forma de urbe medieval, de ciudad bizantina, con muchas torres y cúpulas, bajo las cuales debían estar los inmensos tesoros del Rey Dorado.

Esa es la visión que Walter Raleigh le presenta a la Reina y a Europa; la visión de un riquísimo Imperio lleno de oro y riquezas, que haría, según sus propias palabras, más rico y poderoso al monarca que lo poseyese, que el gran turco, es decir, el Sultán de Constantinopla, que entonces era tenido por uno de los soberanos de más riqueza y poder.

A su regreso Raleigh no logra interesar a la Reina en una nueva expedición. Toma parte en aventuras de guerra, en las expediciones contra España y contra las Azores. La Reina muere en el año de 1603 y sube al trono Jacobo I.

Raleigh no goza de la simpatía del nuevo rey. Aprovechando una vaga acusación de estar mezclado en una conspiración, lo encierran en la Torre de Londres durante trece años, hasta 1616.

En esa larga prisión se dedica a estudiar y a escribir. Allí escribe lo que sus contemporáneos consideraron su obra capital: el primer volumen de una monumental historia del mundo que, naturalmente, hoy en día tiene para nosotros gravísimos defectos de documentación y de criterio, pero que en su tiempo fué la más erudita, la más sistemática y la que revelaba una misión más universal.

Aquel prisionero, que ve pasar los años inmutables y llegar la vejez, no pierde la esperanza ni el ánimo. Sabe que el rey Jacobo está escaso de dinero. Le ofrece organizar una expedición a las remotas tierras que él ha descrito en su libro, donde ha de encontrar la más rica mina de oro del mundo, que no pertenece a los españoles y que permitirá al rey salir de dificultades.



Vitral existente en la antigua Universidad Central, hoy Palacio de las Academias

El Embajador de España en Londres, que es amigo del rey de Inglaterra, y a quien de un modo sospechoso se le da comunicación de este proyecto, se opone enérgicamente. Hace ver al rey que no hay posibilidad de que Raleigh ejecute ese viaje sin atacar posesiones españolas. El rey promete que si Raleigh no cumple lo que ha ofrecido, a su regreso le entregará a los españoles para que le corten la cabeza en la Plaza de Madrid, y bajo esta amenaza, que él en su fuero interno debía saber insalvable, porque no había otra manera de entrar en territorio americano que atacando a los españoles, sale Raleigh a esta aventura final de su vida que es el segundo viaje a Guayana.

Tiene sesenta y cuatro años, está viejo, desengañado, pobre, caído del favor oficial, pero conserva esa vitalidad aventurera y extraordinaria de los hombres de su tiempo.

En ese segundo viaje vuelve a Trinidad, pero al llegar cae enfermo. Designa entonces a Keymis, su segundo, que también era hombre viejo y curtido en las aventuras y que había estado con él en el primer viaje, para que acompañado de su hijo Walter Raleigh, remonte el Orinoco en busca del dorado esplendor de Manoa.

Keymis con su flota remonta el río hasta los castillos de Guayana, lo que era para entonces Santo Tomás de Guayana, en su segunda fundación. Era el sitio pobre y áspero, de grandes rocas negras y espesa arboleda con unas cuantas casas agrupadas en la ensenada entre dos colinas, en el tope de cada una de las cuales hay un fortín.

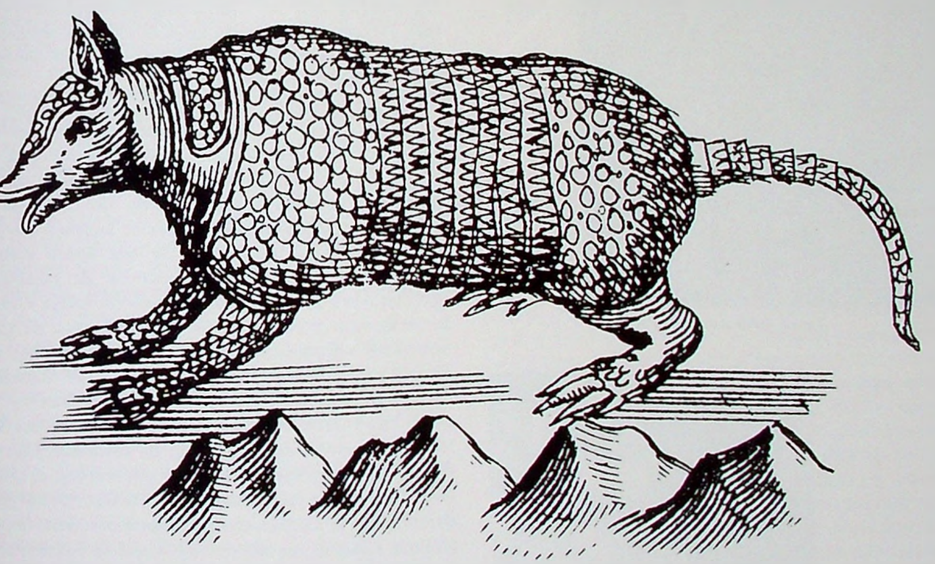
Llegan a los castillos los ingleses, que han hecho desembarcar tropas por tierra, y allí tropiezan con la resistencia del gobernador español Palomeque de Acuña. Se traba una violenta lucha, en la que al fin triunfan los invasores y en la que perecen Palomeque de Acuña, varios oficiales, españoles e ingleses, y el hijo de Walter Raleigh. En algún lugar no conocido de esa zona, casi abandonada, de los castillos de Guayana, debe estar la tumba del hijo del aventurero sin ventura.

Keymis aguanta unos días, no encuentra oro ni riquezas, lleva lo poco que había en los castillos y en las casuchas y regresa a Trinidad, donde Raleigh, desesperado, le increpa violentamente por la muerte de su hijo. Tan desesperada es la recriminación del hombre viejo y cansado, que Keymis se suicida. Raleigh emprende el triste regreso sin dinero, sin esperanzas y sabiendo que el rey, que no lo quiere, le espera para decapitarlo en cumplimiento de la promesa hecha al Embajador del Rey de España.

Llega a Londres a fines de 1617 y es inmediatamente reducido a prisión. Como no encuentran cargo que hacerle, como, en realidad, no le pueden imputar ser enemigo de España porque Inglaterra lo había sido durante todo el tiempo, entonces resucitan el viejo proceso de catorce años antes y sobre esa base falsa y caduca le condenan a muerte. El 29 de octubre de 1618 en la Torre de Londres, cayó su cabeza bajo el hacha del verdugo.

El hombre viejo, enfermo, solitario y en derrota, va con gran serenidad al patíbulo. De modo casi simbólico, entre los que presencian la ejecución está un indio del Orinoco; uno de aquellos indios que él había llevado de la Guayana para que en un viaje ulterior pudieran servir de intérpretes, y que, metido en el riñón de aquella civilización extraña, en el aparato militar y medieval de la Torre de Londres, ve caer la cabeza de aquel gran jefe blanco, que había venido con una flota a las aguas de su río paterno.

Tal es la fulgurante historia de este gran aventurero, que tan estrechamente ligado está al concepto de riqueza que desde entonces hasta hoy no ha cesado de iluminar ese mundo, todavía tan misterioso, de la Guayana venezolana.



Mamíferos Venezolanos



POR ERNST SCHÄFER



Típica selva nublada subtropical



Característico paisaje llanero de sabanas y palmeras

Las diversas unidades naturales, que constituyen nuestro conjunto faunístico, son tan variables como el clima, los suelos y las diferentes asociaciones vegetales. De acuerdo con las condiciones ambientales (ecológicas) encontramos en cada espacio vital los animales que determinan de una manera característica la representación viviente de nuestro país.

Si comparamos nuestra fauna mamífera con la de los países templados, se encuentra una diferencia fundamental. Los países templados de Norteamérica, Europa y la parte septentrional del Asia tienen conjuntos faunísticos relativamente modernos, los cuales se desarrollaron, principalmente, después de la época glacial, ya que la influencia devastadora de esta época acabó con casi todos los animales macrotérmicos. En cambio, Suramérica tiene una fauna mucho más compleja y variada. Se debe esto principalmente al aislamiento de todo el continente suramericano durante largos períodos geológicos. Así, el intercambio de la fauna fué impedido, y una gran cantidad de mamíferos "primitivos" y "antiguos" han podido mantenerse hasta nuestros días. Todos los miembros del antiguo orden de los Edentados como el Oso palmero *(Myrmecophaga tridactyla)*, el Oso melero *(Tamandua tetradactyla)*, la Pereza *(Bradypus tridactylus)* y el Cachicamo (*Dasypus novemcintus*) pertenecen a este grupo de los que se deben considerar más característicamente suramericanos.

Pero hay otro orden de mamíferos cuya organización anatómica es todavía más primitiva: los Marsupiales. Estos animales se encuentran solamente en Suramérica y en la región faunística de Australia. El más común representante de este orden es nuestro Rabipelado *(Didelphis marsupialis)*.

Además, hay en Suramérica una gran cantidad de roedores singulares y primitivos como el Chigüire *(Hydrochoerus hydrochoerus)*, la Lapa *(Cuniculus paca)* y el Acure *(Dasyprocta rubrata)*. Por otra parte, los monos suramericanos se distinguen tan profundamente de los del viejo mundo *(Catarrinos)*, que se han puesto en un suborden especial: los *Platirrinos*.

Casi todos estos mamíferos suramericanos se han quedado, tanto en sus cualidades morfológicas y fisiológicas como en sus facultades mentales, en un estado muy atrasado. Como sabemos por los hallazgos paleontológicos, la mayoría de estos animales (especialmente los Edentados) ya han pasado el período de su máximo desarrollo, de tal modo que lo que de ellos quedó y conocemos actualmente, podemos designarlo con mucha razón como "fósiles vivientes".

Aunque todos los Edentados suramericanos están bien adaptados a sus diferentes medios ambientales, tienen su origen en períodos remotos, cuando todavía no había seres humanos en la superficie de nuestro planeta. Casi todos huyen de la civilización y viven en los grandes refugios de las selvas, en las sabanas naturales y especialmente en las altas montañas con sus asociaciones vegetales intocadas y vírgenes.

Estos primitivos y singulares animales todavía existen en nuestro continente gracias a la complejidad de múltiples influencias ancestrales, genéticas y ecológicas.

Una de las causas principales es la relativa estabilidad del ambiente durante la época glacial y después de ella en todo el continente suramericano. Representa este continente, a pesar de su ya mencionado aislamiento biogeográfico, una masa de tierra de tan enorme extensión, que la homogeneidad genética y con esto la superespecialización morfológica y ecológica, que casi siempre suele iniciar la extinción de las especies, están prácticamente impedidas. "Pues es un hecho conocido, que más del 90% de todos los animales desaparecidos durante el lapso de los últimos 200 años fueron habitantes de pequeñas islas (como las Antillas) las cuales por esta razón fueron denominadas "Trampas evolucionistas" (evolutionary traps). En suma, podemos decir que la posibilidad de desaparición de las especies, es siempre menor en un gran continente.

Concordante con esto se presenta el hecho de que casi el 75% de los órdenes de los mamíferos que se encuentran en el mundo, tienen representantes en Venezuela. Felizmente la gran mayoría de los ya mencionados "propios suramericanos" no son predilectas piezas de cacería. Solamente un hombre inmoral, que carezca del fundamento ético de una cacería racional, puede ser tan cruel como para gozar con la muerte de estos seres inofensivos y mansos. Sin embargo, el enemigo más peligroso de todas estas formas antiguas de nuestra fauna indígena, es el hombre, quien en su afán de apoderarse de la naturaleza expone a estos animales al peligro de su total extinción.

Por otra parte, tenemos un segundo grupo de mamíferos, constituído principalmente por órdenes, familias y géneros más o menos modernos y cosmopolitas, los cuales, antes de la época glacial, seguramente no existían en nuestro continente. Muy probablemente ellos emigraron bajo la presión del hielo a través del recién formado "puente" centroamericano, llegando a Suramérica en diversas "olas" y empujones migratorios. Esta es una de las razones que explica la íntima mezcla de las faunas de Norteamérica y Suramérica; dicha mezcla fué aún más favorecida por la orografía de los Andes y de las Rocky Mountains. Ambas cordilleras corren de norte a sur y de esta manera sirvieron como ejes delanteros de las migraciones mencionadas.



Típico espinar semiárido

En cambio, el Himalaya corre de este a oeste y de esta manera se ha producido una separación muy estricta y cortante entre la antigua fauna de la India Oriental y las modernas biocenosis de la región paleártica.

Al segundo grupo de mamíferos relativamente modernos como los *Canides* (Zorros) y los *Felides* (Gatos, Pumas, Jaguares, etc.) y los *Cerivides* (Venados, Matacanes), también pertenece al mamífero suramericano más grande, la Danta (*Tapirus terrestris*), que tiene una organización anatómica bastante atrasada. Bien mirado, la Danta es un antiguo representante de los Caballos *(Perissodactylae)*. Pero como todos los precursores terciarios del caballo desaparecieron de Norteamérica, la familia de las dantas también se extinguió por completo en los países templados. Evidentemente las dantas "migraron" de su centro de desarrollo en dirección al sur. Hoy día tenemos solamente dos especies muy distintas: el *Tapirus indicus* en Indochina, Malaya, y el *Tapirus terrestris* en Centro y Suramérica.

Concordante con las leyes biogeográficas y ecológicas ya mencionadas, la gran mayoría de nuestros animales autóctonos se han retirado debido a la destrucción de su ambiente natural. Por lo tanto mostramos en la foto Nº 1 una típica selva nublada subtropical con su exhuberante vegetación, aquí se encuentra la Pereza, el Cachicamo y la Danta montañera. La foto Nº 2 nos muestra, en cambio, un paisaje típico llanero con sus sabanas y palmeras (*Mauritia flexuosa*), este es el "habitat" predilecto para animales "modernos" con gran plasticidad ecológica y vasta distribución geográfica, como el Venado y el Puma. La foto Nº 3 nos muestra un típico espinar semiárido con sus cardones, ágaves, etc.

En este paisaje viven solamente pocos mamíferos con la mayor plasticidad ecológica, como el Rabipelado y el Conejo. Todas las "buenas" especies ya han desaparecido aquí.

A continuación vamos a anilizar las funciones bioecológicas de algunos importantes mamíferos de nuestro país:

El Rabipelado *(Didelphis marsupialis)* es el representante más común del orden de los Marsupiales. Pertenece a una familia muy primitiva cuyos restos fósiles se han encontrado en yacimientos de fines del mesozoico (70-100 millones de años atrás). Es una especie muy resistente y extraordinariamente adaptable a muy diferentes condiciones ambientales y además tiene gran distribución geográfica. El Rabipelado, como los demás Marsupiales, viene al mundo en estado muy atrasado, casi embrional. La hembra tiene una bolsa de piel en el abdomen (como el canguro de Australia) en la cual sus hijos quedan hasta que alcanzan un estado bastante desarrollado. La fecundidad del Rabipelado es enorme, pues a veces tiene hasta trece hijos de una sola vez. Es un animal exclusivamente nocturno, con lentos movimientos. Cuando se siente apresado, tiene una singular reacción de defensa: suele hacerse el muerto con la boca abierta y mostrando sus dientes.

La Pereza *(Bradypus tridactyla)* también es un miembro de un árbol genealógico muy fuerte en la época terciaria, cuando vivían en Suramérica algunos representantes casi tan grandes como el elefante (Megaterio). Probablemente la Pereza es el mamífero más singular de toda nuestra fauna. Como animal perfectamente adaptado a la vida arborícola, tiene extremidades largas con uñas muy desarolladas, curvas y ganchosas. Su cabeza con rostro triste e imbécil, tiene algunos dientes primitivos y es muy pequeña en relación con el grueso de su cuerpo. Está cubierta de un pelaje semejante a paja de color verde durante las lluvias por las algas que la cubren y de estas algas viven a su vez polillas específicas de la especie. La Pereza es herbívora. Su árbol predilecto es el Yagrumo *(Cedropia)* y las hormigas que viven en los troncos huecos de estos árboles no le hacen daño, pues sus mordeduras no llegan a su piel. Así tenemos una perfecta simbiosis entre el Yagrumo, las Hormigas, la Pereza, las Algas y las Polillas, la cual es única en todo el reino animal. Como los otros Edentados la Pereza vive solitaria. Debe su nombre vernáculo a su lentitud incomparable. También su ritmo metabólico es tan lento que sus intestinos contienen los excrementos durante semanas y su vejiga muy a menudo se llena con orina, extendiéndose hasta el mismo diafragma. También la agudeza de sus sentidos es mínima. Su mayor defensa es obtenida por su coloración mimética y sus costumbres nocturnas. Por varios días se queda en el mismo árbol y se confunde fácilmente con hojas y epifitas. Además tiene una gran resistencia vital y, como fué comprobado por algunos exploradores, su corazón aún late automáticamente en su tronco horas después de la muerte física.

El Oso melero *(Tamandua tetradactyla)*, del orden de los Edentados, también es uno de los más típicos representantes de la antigua fauna indígena. Tanto en su anatomía como en su fisiología alimenticia, está altamente especializado, pues, como el gran Oso palmero, se alimenta casi exclusivamente de insectos. Su color es amarillento, con una banda oscura bifurcada alrededor del cuello. Carece de dientes, pero tiene muy fuertes garras delanteras con las cuales suele defenderse en posición bípeda. Como muchos otros mamíferos suramericanos, posee una cola prehensil y larga. Es un hábil trepador, con movimientos lentos y costumbres diurnas. Prefiere las selvas veraneras de la faja tropical, donde abundan los comejenes y hormigas. Nunca se le encuentra en la faja subtropical.

El Cachicamo *(Dasypus novemcinctus)* es el representante más común de los Armadillos (familia *Dasipodidae)* del mismo orden de la especie anteriormente mencionada. Aunque es de origen puramente suramericano, hoy día tiene vasta distribución geográfica, alcanzando hasta el sur de Norteamérica. Se le encuentra tanto en la faja tropical como en las filas más altas de la Cordilera de la Costa (2.500 m.). Como los otros miembros de su singular familia, está provisto de una fuerte pero movible coraza. Vive en cuevas y guaridas durante el día y es muy hábil en escarbar huecos, no solamente para esconderse, sino también para buscar su alimento predilecto que consiste en todas clases de insectos y gusanos terrestres. Es un ejemplo famoso para todos los estudiantes de la genética, pues la hembra da a luz siempre hijos de la misma constitución genética y por lo tanto del mismo sexo; esta extraña particularidad se debe al hecho de que solamente un huevo está fertilizado, el cual se divide después para formar tres o cuatro embriones.



Rabipelado



Cachicamo

La Lapa *(Cuniculus paca)* es un roedor típicamente suramericano, pertenece a la familia de los *Caviidae* y tiene muchos rasgos primitivos. Es semejante a un gran conejo gordo y rodeado con pelaje corto, hirsuto, salpicado de algunas bandas de manchas blancas. Es un animal arisco y secreto, con sentidos agudos y de costumbres puramente nocturnas. Vive preferentemente en las montañas, cerca de ríos y quebradas húmedas con monte bajo muy espeso. Su densidad de población es pequeña y su cuota de propagación es reducida, pues tiene solamente 1-2 hijos en cada parto. Es un buen nadador y en sus funciones ecológicas tiene posición intermedia entre el Chigüire y el Acure. Desgraciadamente la Lapa ya está casi extinguida en las zonas pobladas, pues su carne tiene reputación de ser muy delicada y por lo tanto el pobre animal está sujeto a una cacería indiscriminada.

El Báquiro de collar *(Tagassu tajacu)* y el Marrano de monte *(Tagassu pecari)* también forman una familia propiamente suramericana aunque son bastante similares a los *Suidae* (puercos, jabalíes) del viejo mundo y como ellos son omnívoros. Sus peculiaridades anatómicas son: la completa falta de cola, el tener sólo tres dedos en las patas posteriores y el poseer una glándula grande en la espalda que segrega una substancia aceitosa con olor de almizcle. Ambas especies tienen funciones ecológicas muy similares y habitan preferentemente las selvas húmedas tropicales. A pesar de su pequeñez son muy valientes y a veces —castañeteando los dientes— atacan al hombre. Las hembras dan a luz solamente 1-2 crías. Por lo tanto, merecen la protección más completa.

El Venado (*Odocoileus gimnotis*) y el Matacán (*Mazama rufa*) son los representantes de los cérvidos en nuestro país. Los machos de ambas especies poseen cuernos caedizos, pero por lo demás son muy diferentes, no solamente en su genealogía, es decir, en su antigüedad relativa en la historia de nuestra tierra, sino también en su anatomía y sus funciones biológicas. El Matacán es indudablemente la especie más primitiva, caracterizándose por sus simples cuernos los cuales no son renovados en épocas fijas, sino que a veces duran más de un año. Este pequeño cérvido tiene un cuerpo muy robusto, con las extremidades posteriores mucho más desarrolladas que las anteriores. Así está bien adaptado para la vida en el monte bajo y espeso de las montañas. Además tiene muchas similitudes fisiológicas y ecológicas con el Ciervo de Almicle (*Moschus moschiferus*) de Asia, el cual está considerado como la forma más primi-



Oso melero



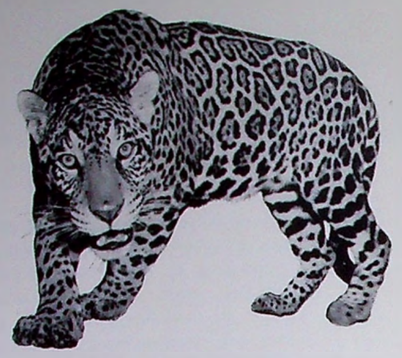
Lapa



Marrano de monte

tiva de toda la familia. El Venado, por su parte, es un animal mucho más desarrollado y moderno. Probablemente penetró a Suramérica durante la época glacial, pues es un representante pequeño del Ciervo de Cola Blanca *(Odocoilus virginianus)* de Norteamérica. Su cuerpo es delgado, grácil y elegante. Tiene largas extremidades y sus bellos cuernos de ocho o más puntas son anualmente renovados. El Venado es un animal de las sabanas arboladas y todavía es común en nuestros llanos. Muy raras veces sube a las montañas y casi nunca llega hasta la faja subtropical.

El Puma *(Felis concolor)* y el Jaguar *(Felis onca)* son los poderosos felinos del Nuevo Mundo. Ambas especies son de origen septentrional y probablemente llegaron a Suramérica durante la época glacial. Mientras que la distribución geográfica del Jaguar llega hoy día solamente hasta el sur de Norteamérica, el Puma es, indudablemente, el felino con la más vasta extensión geográfica en todo el mundo. Se extiende desde las llanuras de Patagonia a través de ambos continentes americanos hasta el norte del Canadá. Aunque el Puma viejo o adulto es de un color gris marrón más o menos uniforme, es curioso saber que los pumas jóvenes tienen pintas, mostrando así que este felino también tiene precursores pintados como el Jaguar americano, el Leopardo de Africa y la Pantera del Asia. En su estado salvaje el Puma tiene reputación de ser muy sangriento, pero en cautividad se amansa fácilmente, comportándose como un amable y gran gato doméstico. En cambio, el Jaguar es siempre caprichoso y casi indomable, cualidad que se debe probablemente a su vida extremadamente solitaria. Por causa de una cacería totalmente injustificada, ambas especies ya son bastante escasas en nuestro país. Aunque a veces ocasionan estragos entre los animales domésticos, estos orgullosos animales también tienen el derecho a su existencia. Es un deber nacional crear grandes reservas con buena vigilancia con el fin de conservar y proteger los más nobles representantes de nuestra fauna indígena.



Jaguar



Venado



Puma



ERNST SCHÄFER

Nació en Köln, Alemania, en el año de 1910. Es venezolano por naturalización. Hizo estudios en las especialidades de Zoología, Botánica, Geografía y Etnografía en las Universidades de Göttingen, München y Berlín. Ha realizado expediciones al Tibet, India Oriental, Burma, China y Japón entre 1931 y 1939. Desde 1950 es el Encargado de la Estación Biológica de Rancho Grande.

TEATRO EN UN MUNDO DE JUGUETES



ESCENARIO PARA ESPERAR A LOS REYES MAGOS

Por Morita Carrillo

CUADRO PRIMERO

(Pequeño jardín del litoral. — Es una mañanita florecida de cantos de ranas. Algunas plantas elevan sus corolas, como muchachos que vuelan papagayos: morados, azules, amarillos. Muchos insectos vestidos de rojo parecen duendecillos. — Pregonando pasa una araña).

ARAÑA: Agujas de tejer... agujas de tejer...

(A la puerta de una linda casita de lajas, está asomado el señor Sapo).

SAPO: Con centavos de rocío, puede comprar el Clavel.

(El Clavel usa una cristalina corbata de lacito, para la cual le regaló material la chicharra).

CLAVEL: ¿Agujas de tejer? Yo no necesito guantes, bufandas ni calcetines.

ARAÑA: Si le nacen clavelitos, ¿no les tejerá escarpines?

CLAVEL: Dios se los da, naturales.

ARAÑA: ¡Oh, tengo tela sedosa también, para hacer pañales!

(Dalia quiere librar al Clavel de la insistencia de la vendedora).

DALIA: Creo que con sus lindas telas, algún barquito haría velas.

ARAÑA: Ah, ¿sí? Pues voy a pregonar, por la orillita del mar.

(La señora Araña, que usa unas diminutas botas de orejitas, sale caminando a toda prisa. Se cruza en su camino una mariposa de gran belleza. Algunos habitantes del jardín hacen comentarios).

GUSANITO: ¡Soberbia!





GRILLO: ¡Miren cómo acudió la muchedumbre a presenciar su paso!

AVISPA: ¿Usa capas de raso?

GUSANITO: No, de un material extraño son hechos sus vestidos.

GRILLO: Ah sí, algo he oído de eso.

GUSANITO: ¡Se los trajo la reina Navidad!

AVISPA: Tiene suerte, en verdad.

GRILLO: ¿Cómo es que se llama la muchacha?

GUSANITO: Pascua... Y creo que su apellido es Mariposa.

AVISPA: Pues es de mucho peso...

GRILLO: Y muy hermosa.

GUSANITO: ¡Alegre, vivaracha!

GRILLO: También me han dicho, que reparte azules.

GUSANITO: Sus alegres azules lleva por todos lados.

AVISPA: Los lleva y no los deja... porque ya se le hubieran acabado.

GRILLO: ¡Pobre Avispa locuela! Desconoce las cosas elevadas.

GUSANITO: *(conciliador)* Es que la gente piensa cuando la ve llegando a una ventana: "Llegó la Pascua Azul".

GRILLO: ¡La Pascua hermana!

AVISPA: *(retirándose muy molesta)* ¡¡No quiero oir más nada!!

(Gusanito y Grillo ríen de buena gana).

(TELON)



CUADRO SEGUNDO

(La playa. Algunos arrecifes con sus plumas de agua tan altaneras. Muchas olas alborotadas, redondas como cráneos de niñas y con pelucas de espuma. Un cangrejo tornasolado, con bastón y pumpá, sale al encuentro de la Araña, quien sigue pregonando).

ARAÑA: ¡Telas... telas, vendo telas para barquitos de vela!
CANGREJO: Su pregón es de alegría.
ARAÑA: Y es buena la mercancía.
CANGREJO: Quizás compre el pescador.
ARAÑA: *(Haciendo bocina con las manos)* ¡Redes para pescador...!
CANGREJO: ¿Redes?
ARAÑA: Y muy finas; tejidas de puro hilo tornasol.
CANGREJO: *(enseñando una roca)* Mis sillitas de piedra, ¿no le gustan a Ud.?
ARAÑA: Pues... tal vez...
CANGREJO: Sentémonos los tres.
ARAÑA: *(sorprendida)* ¿Los tres?

(Sobre los arrecifes da saltos un personaje casi invisible, de capa transparente. Con travesura infantil sopla sobre las olas haciendo anillos verdes).

CANGREJO: *(mostrando al nuevo personaje)* ¿No ve quién ha llegado?
ARAÑA: No sabía que tuviera usted invitados.
CANGREJO: Pues ese es Niño Enero.
ARAÑA: ¿El que abrió ventanita al Año Nuevo?
CANGREJO: El mismo... y ahora da un festín a tres Reyes de vidrio y aserrín.

(Niño Enero ha sacado de sus alforjas un clarín que empieza a tocar. Cae una llovizna de música delgada. Se oye un galope menudo, tan menudo como sonido de pequeñísimos platillos. Sobre el Cangrejo y la señora Araña, pasan tres personajes galopando. La Arañita está alarmada y don Cangrejo explica).

CANGREJO: Son Melchor, Gaspar y Baltasar...
ARAÑA: ¡Jinetean sobre plumas de pavo real! Y ese rebaño azul de animalitos...
CANGREJO: *(completando la frase)* ...de caras diminutas como granos de arroz?
NIÑO ENERO: *(gritando)* Son bestezuelas de carga que les prestó el Niño Dios.

(Los Reyes Magos han ido a parar unos cien metros más allá, acampando debajo de un uvero. Hacia ellos corren don Cangrejo, Niño Enero y la señora Araña).

CANGREJO: ¡Oh!, cada acompañante trae un clarín.
ARAÑA: ¡¡Y es cierto que los Magos son personas de vidrio y aserrín!!
CANGREJO: Tienen caras de niños... ¿Serán acaso viejos?
ARAÑA: ¡Son tan lindos! ¡Cállese usted, señor Cangrejo!





(A los pocos momentos, personitas oscuras, más oscuras que chocolatines, con toda rapidez arman tiendas y descargan bultos. Las bestezuelas, que mucho se parecen a plumas de azulejos, se desbandan. Señora Araña, se siente de nuevo vendedora).

ARAÑA: ¡Hilos para amarras, vendo! *(Se oye el ruido que produce algo al caer).* ¡Huy, qué estruendo!

NIÑO ENERO: Una carpa ha caído.

ARAÑA: *(redoblando sus esfuerzos)* ¡Mis hilos para amarras! ¡Mis hilos para amarras! ¿Acaso no han oído?

PERSONITAS NEGRAS: *(a una voz)* Sssssssss... Bajo colcha de olores marinos, los Reyes se han dormido...

NIÑO ENERO: ¡Gloria a Dios en las alturas!

PERSONITAS NEGRAS: ¡¡Paz en la tierra a sus criaturas!!

ARAÑA: *(al Cangrejo, en voz muy baja)* No se refieren a nosotros dos.

CANGREJO: Uhh... ahh... ohh... Por supuesto; si somos las criaturas de Dios.

(Personitas Negras, hacen señales a la Araña para que se acerque y Don Cangrejo se retira en compañía de Niño Enero).

PERSONITA PRIMERA: ¿Qué más vende?

ARAÑA: Vendo hilachas: amarillas, azules, cristalinas.

PERSONITA SEGUNDA: ¿Y también redes finas?

ARAÑA: *(mostrando su mercancía)* Claro, las traigo aquí.

PERSONITA TERCERA: ¡Ah, tienen la belleza de un colibrí!

PERSONITA CUARTA: Hamacas, ¿no le quedan?

ARAÑA: Sí, sí; tejidas con salitre y seda.

PERSONITA QUINTA: Le compraremos tres.

PERSONITA SEXTA: Para que sean más lindas, póngale los colores al revés.

ARAÑA: *(riendo)* Ji, ji ji...

PERSONITA SÉPTIMA: Y que sean bien fuertes; se lo suplico...

PERSONITA OCTAVA: ¡Ah, si se caen los Magos, podrían hacerse añicos!

PERSONITA NOVENA: Bueno, que sean más fuertes que bonitas.

ARAÑA: *(con ironía)* ¡¡¡Tomaré precauciones infinitas!!!

(Las Personitas Negras continúan en sus actividades, y la Araña, junto a ellas trabaja febrilmente)

(TELON)

CUADRO TERCERO

(Al fondo un pequeño pesebre, con sus menudas figuritas dentro. En la parte superior, el Lucero muy visible. Los Reyes Magos, planean su salida).

MELCHOR: Saldremos esta noche...

GASPAR: ¿Quince cocuyos halarán el coche?

BALTASAR: ¡Oh, no!

MELCHOR: Usemos las mulitas de hojalata.

GASPAR: Las del año pasado...

BALTASAR: Ya no sirven; el frío las ha oxidado.

MELCHOR: Pues montemos en plumas de azulejos.

GASPAR: ¡Melchor, Melchor, vamos muy lejos!

BALTASAR: Si están oscuros los caminos...

MELCHOR: *(completando)* ...usaremos la lámpara de Aladino.

GASPAR: *(suspira, añorando)* Recuerdo el año aquel...

BALTASAR: Y los barcos aéreos de papel.

MELCHOR: Soberbio era el Capitán de alambre.

GASPAR: Con cachucha de fieltro, con calzones de estambre...

(Ahora los tres Reyes Magos hurgan dentro de una canasta y recuentan los regalos que distribuirán por la noche).

MELCHOR: ¡¡Qué lindo este burrito de cocuiza!!

GASPAR: Y el muñeco de anime con sandalias de tiza.

BALTASAR: Curioso este lagarto con casaca.

MELCHOR: Y el becerrito de algodón, la vaca...

GASPAR: El carretón de tabla.

BALTASAR: La tortuguita que habla.

MELCHOR: Y la zaranda mágica.

GASPAR: La que baila sin cuerda.

BALTASAR: El armadillo de cartón.

MELCHOR: La yegua.



GASPAR: El chinito de túnica amarilla.
BALTASAR: La linda vendedora de cerillas.
MELCHOR: Las botas de cien leguas.
GASPAR: La mesa que camina.
BALTASAR: El pollo que va solo a la cocina.
MELCHOR: Y se mete al caldero.
GASPAR: ¡Oh, pero ahí llega el Lucero!

(Se ha bajado el Lucero que coronaba el pesebre y se acerca a los Magos)

BALTASAR: *(recitando)* ¡Oh, Lucero que un día...
MELCHOR: Nos llevó hasta el Niñito de Belén!

(Los tres Reyes, muy a prisa, recogen los juguetes que habían sacado de la canasta).

GASPAR: *(jubiloso)* ¡Iremos muy ligero...
BALTASAR: ...Jineteando los tres en el Lucero!
MELCHOR: *(agachándose a levantar el cesto)* La canasta también...

FIN

MORITA CARRILLO



Maestra normalista, trabajó durante siete años en la Escuela "Experimental Venezuela". Poetisa y escritora de gran aliento ha escogido el campo de la literatura infantil para desarrollar una labor de gran alcance en el medio venezolano. Ha publicado dos libros de poesía para niños: "Festival del Rocío" y "Los Cuadernos de Doñana". Es colaboradora permanente de la Revista Infantil Tricolor, del Ministerio de Educación.



POR CARLOS MIGUEL LOLLETT C.

Las Ideas Económicas de Cagigal

Se proyecta en la historia de la Cultura venezolana con rasgos acusados y, diríamos, paradigmáticos, la fuerte y noble personalidad de Juan Miguel Cagigal. Fundador de los estudios matemáticos, es el título que se le da y con el cual su nombre permanece. Pero como acontece con muchos de esos extraordinarios componentes de la primera generación de la República, al atribuírseles algún hecho fundamental, si bien se les enaltece, se les limita y se les empequeñece, claro que sin intención. Vargas no es meramente el fundador de los estudios médicos en Venezuela. Estudió en Escocia y obtuvo, además del grado de médico, el de farmacéutico y el de odontólogo. Actuó como botánico en Puerto Rico y en Caracas, era el clasificador oficial, si bien "in partibus infidelium", de cuantos en esta ciudad herborizaban. Como mineralogista ha podido fundar nuestra minería republicana. Traduce el "Orbis Pictus" y su actuación sirve a Juan Vicente González para idear "el poder civil".

En efecto, en Cagigal, estudiante de Madrid y de París, el ímpetu vital no se limita al cultivo teórico y útil de la matemática y del arte militar. En "El Correo de Caracas" encuéntranse, como en "El Liceo Venezolano", los primeros ejemplos del periodismo culto en Venezuela. Son verdaderos digestos de venezolanidad.

Don Luis Correa, uno de los venezolanos contemporáneos más enterados de los fastos de la República, afirma —óigase bien—: "Si Venezuela se hubiera encontrado en la misma situación de Chile; si una guerra asoladora no hubiera destruído los resortes morales de la sociedad, la labor de Cagigal se asemejaría, sin alcanzar sus armoniosas proporciones, a la realizada por Andrés Bello en la República del Sur. Trunca y todo, ella es un jalón luminoso que nos señala el camino de las realizaciones permanentes". El mismo Don Luis dice: "Cagigal es hasta hoy el hombre que mayor cantidad de trabajo y de eficientes rendimientos ha producido a la nación por la menor suma de sacrificios para el Estado".

Matemático eminente. También se le conoce como neurótico, como lo reveló Don Lisandro Alvarado. No se pasa de esos dos conceptos. Pero en Cagigal hay mucho más. Responsable de la fundación de la República practica con éxito señalado el mandato del Libertador "Mientras yo voy libertando pueblos, vayan ustedes organizándolos".

Juan Manuel Cagigal prohija una Escuela de Dibujo. Es Senador por Barcelona y Representante por la Provincia de Caracas. Las comisiones legislativas obtienen de él una amplia contribución. Herborista. Fundó un periódico y a toda sana iniciativa apoya.

Nos interesa señalar un aspecto hasta ahora no estudiado. Su contribución a la Economía venezolana. No la del teórico, sino la que da pauta útil de Economía Aplicada. En este sentido su obra se resuelve en la compilación del "Anuario de la Provincia de Caracas", 1832-1833, publicado en 1835. Sus artículos sobre el "Tratado Pombo Michelena", "Sistema Monetario", "Pesas y Medidas", "Camino Carretero de La Guaira", "Informe sobre el Camino Carretero de los Valles de Aragua".

Sin dejar de señalar como de gran trascendencia la idea expuesta en varios de sus Informes para la Dirección de Instrucción Pública acerca del funcionamiento de la Academia de Matemáticas, el hecho de que determinadas carreras requerían, además de los auxilios científicos, de los auxilios económicos para los estudiantes. En otras palabras, la idea de becar jóvenes para que éstos cursaran carreras de verdadera necesidad social.

Son admirables por lo útil, por lo conciso de la exposición y por la fuerza espiritual que los anima como colaboración de la ciencia a la fundación de una República, sus estudios sobre "Pesas y Medidas", y sobre "Sistema Monetario". Ejemplar, y lástima grande que su difusión fuera reciente, es su estudio sobre el "Camino Carretero de La Guaira". Si se hubiera aplicado la técnica empleada por Cagigal a la proyección y construcción de otras vías carreteras, sin duda alguna que hu-

biera aumentado nuestra riqueza social. En efecto, hoy se sabe, y así se aplica, que la bondad de una vía puede medirse tanto por la densidad de tráfico como por la energía que se requiere para su utilización en el transporte de productos. Pues bien, para aquella época ya Cagigal calcula los caballos de fuerza que se ahorrarían en el transporte con un nuevo trazado de la carretera de La Guaira.

Las ideas sobre el financiamiento asientan una verdadera norma de administración: "Pero si ha de abrirse por sociedades especuladoras, no basta que merezca una justa preferencia; se requiere además que el producto del peaje represente al menos el interés del capital empleado, calculado por los rendimientos comunes del dinero. Que esto se verifique respecto del camino de La Guaira, es una verdad a cuya demostración se ha consagrado este artículo", y sienta, como se ve, el principio de la inversión privada, con el lucro como meta.

Luego asienta las bases de su estudio: "Para calcular ahora su utilidad convendrá antes sentar algunos principios preliminares, que nos conducirán como por la mano a un resultado satisfactorio. Empecemos por investigar el costo actual del transporte, apoyándonos en la suma en que se ha rematado el peaje en el último año", bases que por extensas no transcribimos. Más adelante contempla las posibilidades de inversiones extranjeras. Copiamos a continuación las ideas básicas acerca del beneficio del transporte, la estimación sobre el ritmo de crecimiento de la producción y aun las posibilidades de utilizar el apoyo del, por establecerse, Banco Colonial Británico.

"Que este resultado a que nos ha conducido un cálculo apoyado en datos ciertos, irrecusables sea capaz de tentar a los especuladores trasatlánticos, no se negará ciertamente por ninguno que conozca las menguadas utilidades que el dinero reditúa en Europa, y la abundancia de capitales que yacen paralizados, esperando que nuevas empresas vengan a ponerlos en movimiento y circulación; y allí donde los goces son infinitos, es tal el ansia que muestran de acrecentarlos, que más de una vez se ha visto que proyectos aventurados, pero que llevados al cabo prometían una regular ganancia, no ha faltado quien los ejecute. Creemos, pues, que tampoco faltarán capitalistas europeos que quieran invertir sus fondos en una empresa que como la del camino de La Guaira, deja seguramente una utilidad de un 10 por 100, y eso que no se han tomado en cuenta los pesos que actualmente suelen transportarse en hombros humanos, ni el montamiento del peaje de los que transitan a caballo", "... y los que palpan como nosotros las escaseces de aquéllas y la carencia de éste que se nota en Caracas, no dejarán de convenir en que con la apertura del nuevo camino, se abrirán también nuevas industrias, que al paso que aumenten el bienestar de la población lo hagan mucho más productivo". "Combinando los datos estadísticos que poseemos, hemos deducido, por un cálculo que no es de este lugar, que nuestros productos se duplican antes de los veinte años; por consiguiente antes de los veinte años se duplicarán también las utilidades del ferrocarril, viniendo a ser entonces un 20 por 100; y en verdad que no sabemos qué linaje de industria es capaz de producir ese elevado interés. La prensa periódica ha anunciado el establecimiento próximo de un banco con fondos ingleses; y si bien este proyecto es de una importancia trascendental, visto el alto interés del dinero, que suele a veces elevarse a un 18 por 100; creemos que sus ventajas serían mayores, si en lugar de limitar sus operaciones a préstamos con buenas hipotecas, tomara a su cargo la construcción del camino de La Guaira. Y nótese de paso que si el interés no baja cuando menos a un 10 por 100, mezquinos serían los beneficios que traería al país; pues ese es el interés que actualmente daría el capital empleado en el ferrocarril sin zozobras, sin pleitos y con la esperanza de un aumento progresivo".

Pero, tanto como por lo que representa como ciencia aplicada, aunque elemental, como por la preocupación social que daba base a su razonamiento, copiamos a continuación el cuadro justificativo de las monedas de plata que deberían acuñarse para facilitar las transacciones, aunque concretamente Cagigal proponía adoptar el franco francés y sus subdivisiones como moneda nacional hasta tanto se hicieran acuñaciones en el país y se adoptara una unidad monetaria.

Según él "la unidad monetaria es el franco, moneda que contiene nueve partes de plata y una de cobre y pesa cinco gramos: patrón al cual se refieren todas las demás y cuyo valor, reputado fijo y constante, sirve para estimar aquellos que son susceptibles de variar. Además hay la pieza de dos y la de cinco francos; es decir, que las piezas principales de plata son tres, sencilla, doble y quíntupla (1), que designaremos con las letras S, D y Q.

Ya se deja discurrir que los números que terminen en ceros se formarán inmediatamente con piezas quíntuplas; por consiguiente, la verdadera dificultad consiste en la composición de los números representados por un solo guarismo, esto es, los comprendidos desde el uno hasta el nueve inclusive: lo cual se logra de muchas maneras diferentes, como se ve en la tabla de la página siguiente, en que se encuentran todas las combinaciones que pueden emplearse para expresarlos.

Puede verse que desde el número dos hasta el nueve inclusive cada número puede ser formado por muchas y muy diversas combinaciones. Siete combinaciones, por ejemplo, producen el número ocho; siendo de advertirse, que entre ellas, existe una que sólo exige tres piezas; las demás requieren un número de piezas que varía desde tres hasta ocho. La composición de los números restantes da lugar a observaciones análogas, y que nuestros lectores harán si gustan; bien que no estará demás indicarles que los números superiores al dos pueden formarse de tantas maneras diferentes cuantas unidades contengan menos una.

(1) También hay piezas de plata representando el medio y el cuarto de franco.

Dos modos de componer el	. . . 2
2 S	= 2
1 D	= 2
Dos modos de componer el	. . . 3
3 S	= 3
1 S + 1 D	= 3
Tres modos de componer el	. . . 4
4 S	= 4
2 S + 1 D	= 4
2 D	= 4
Cuatro modos de componer el	5
5 S	= 5
3 S + 1 D	= 5
1 S + 2 D	= 5
1 Q	= 5
Cinco modos de componer el	6
6 S	= 6
4 S + 1 D	= 6
2 S + 2 D	= 6
3 D	= 6
1 S + 1 Q	= 6
Seis modos de componer el	. . 7
7 S	= 7
5 S + 1 D	= 7
3 S + 2 D	= 7
1 S + 3 D	= 7
1 D + 1 Q	= 7
Siete modos de componer el	. 8
8 S	= 8
6 S + 1 D	= 8
4 S + 2 D	= 8
2 S + 3 D	= 8
4 D	= 8
3 S + 1 Q	= 8
1 S + 1 D + 1 Q	= 8
Ocho modos de componer el	9
9 S	= 9
7 S + 1 D	= 9
5 S + 2 D	= 9
3 S + 3 D	= 9
1 S + 4 D	= 9
2 S + 1 D + 1 Q	= 9
4 S + 1 Q	= 9
2 D + 1 Q	= 9

Ni sería menos fácil aumentar el número de combinaciones posibles acuñando piezas de tres, cuatro, seis francos; pero esto traería, entre otros graves inconvenientes, los que resultan de la complicación del sistema, sin que tamaña desventaja procurase mayor brevedad en la formación de las sumas que figuran en el comercio. Los números 3, 4 y 6 no se adaptan bien a la escala decimal; el cuatro sólo tiene cabida en cada dos decenas; y el siete en tres; resultando de aquí que al paso que se complicarían sin necesidad las cuentas con la introducción de aquellas piezas, se aumentarían también los embarazos de la circulación, ya por la mayor probabilidad del fraude, y ya por el cuidado que exigiría la clasificación de tantas especies de monedas en las oficinas de pago y casas de extenso tráfico.

Por lo tanto conviene limitarse a la graduación marcada por los guarismos 1, 2, 5; porque ella suministra muchas maneras, y cómodas todas, de componer y formar los números enteros, tomando por unidad el franco. Veamos ahora si se aplica igualmente bien a las piezas de cobre francesas; las que vendrán a ser venezolanas, si se aprueba el Proyecto de Ley sobre la Moneda que actualmente se discute en el Senado.

Desde luego se nos presenta el centavo, o sea la centésima parte de la pieza de cinco francos, que los franceses llaman sueldo; en seguida viene la pieza de dos centavos: y si bien es cierto que no existe pieza de cobre, cuyo valor sea de cinco centavos, también lo es que el cuarto de franco, que tiene ese mismo valor, la suple perfectamente. Se ve, pues, que en las monedas de cobre, la subdivisión, a causa de seguir el orden de las cifras 1, 2, 5, la cual se verifica con las de plata, se presta con suma facilidad a las operaciones del tráfico por menor".

Volveremos otro día sobre las ideas económicas de Cagigal, pues nos hemos limitado a darlas a conocer en sus textos.

Juan Manuel Cagigal nació el 10 de agosto de 1803 en la Nueva Barcelona; murió frente al Golfo Triste, en Yaguaraparo, el 10 de febrero de 1856. Los venezolanos deberemos mantenerlo en nuestra memoria por grande y por útil.

CARLOS MIGUEL LOLLETT C.

Ha sido Asesor Técnico de la Dirección de Política Económica del Ministerio de Relaciones Exteriores; Miembro de la Comisión Asesora de la Delegación Venezolana a la Conferencia de Comercio y Empleo; Subsecretario de la III Conferencia Interamericana de Agricultura y de la IV Asamblea del Instituto Panamericano de Geografía e Historia reunida en Caracas; Profesor Asociado de la Facultad de Ciencias Económicas y Director de su Instituto de Economía. Estuvo en el Brasil el año 1953 en viaje de estudios. Ha publicado numerosos trabajos de su especialidad. Colabora en importantes revistas y diarios del país, destacando también en el ensayo literario. Actualmente es Jefe del Departamento de Investigaciones Financieras y de Crédito del Banco Central de Venezuela y Profesor en la Universidad "Santa María".



Pintores venezolanos

MAGDA ANDRADE

Venezolana nacida en Maracaibo. Estudió en París con André Lhote, Fries. Exposiciones particulares: París, 1942, 1945, 1950; Madrid, 1951; Roma, 1953. Exposiciones colectivas: Salones de Otoño, Salón de las Tullerías, Salones de Independientes, Salón de Artistas Pintores y Galería Charpentier, París. Representada con obras en el Museo de Arte Moderno de París y en el Museo de Bellas Artes de Caracas.

Un limpio y equilibrado juego de colores, en sucesión de perspectivas cercanas, revela el tono personal que esta pintora venezolana sabe imprimir a su creación plástica, tal como lo testimonia el cuadro que reproducimos en estas páginas.

MARIO ABREU

Venezolano nacido en Turmero (Edo. Aragua). Estudió en la Escuela de Artes Plásticas y Artes Aplicadas de Caracas. Exposiciones colectivas: Liceo Fermín Toro, Caracas, 1947 y 1949; Taller de Arte Libre, Caracas, 1948; Salón de Otoño en el Instituto Venezolano-Británico, Caracas, 1946; Exposición de Pintores Jóvenes en el Taller Libre de Arte, Caracas, 1949 y 1950; 10º, 11º y 12º Salones Oficiales de Arte Venezolano, Caracas. Exposición particular: Museo de Bellas Artes, Caracas, 1951. Premio "Federico Brandt" en el 12º Salón Oficial de Arte Venezolano, 1951; Premio "Andrés Pérez Mujica", Ateneo de Valencia, 1951; Accesit al Premio Nacional en el 12º Salón Oficial de Arte Venezolano, 1951.

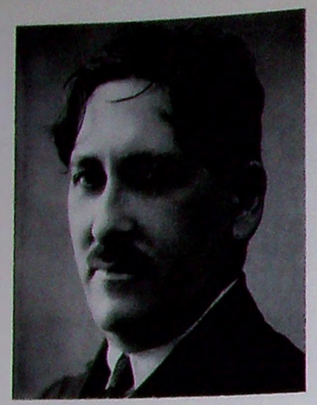
Lleno de un ímpetu colorista de carácter claramente tropical, Mario Abreu, como en el cuadro que aparece aquí, da una nota de fértil imaginación, en la que se confunden, con acierto indudable, una audaz iniciativa creadora y un hondo sentido del ambiente popular, en la recreación plástica de los temas.

Magda Andrade





Mario Abreu



Rufino Blanco Fombona



Ros de Olano



Ugalde, el miniaturista (Cortesía del Museo Romántico de Madrid)



Rafael María Baralt

Venezolanos en Madrid

POR JORGE CAMPOS

Las costas del continente americano que primero divisaron ojos españoles, las que vió Colón y Ojeda bautizó en recuerdo de una de las más bellas ciudades mediterráneas, se fueron abriendo a la vida del poblador hispano. La fundación de ciudades —Coro, 1527; Caracas, 1615, por sólo recordar dos momentos— jalona el crecimiento civilizador que aparece próximo a la mayoría de edad cuando en 1721 se funda la Universidad de Caracas o diez años más tarde al ser necesario crear una Capitanía General para la gobernación de aquellos territorios a los que no alcanza ya tan fácilmente el Virreinato de Nueva Granada.

La "provincia" va alcanzando una vida propia en que los criollos, sintiendo cada vez más su propia personalidad, aspiran a los puestos de gobierno. En realidad ha comenzado a producirse lo que Max Henríquez Ureña llamaría más tarde "el retorno de los galeones". Vuelven a España los nacidos en lo que se denominó Nuevo Mundo. Y aunque no dejen de ser españoles traen con ellos algo nuevo: son hombres distintos. Como hijos que unen al parentesco con los padres una diversidad inevitable y renovadora. Hombres, muchos de ellos, que se sienten atraídos por España y su capital y que durante un tiempo más o menos largo —algunos durante toda su vida— se funden en la bullente y grata vida madrileña.

Recuerdos de Bolívar

Empecemos con el más señero: Simón Bolívar, El Libertador, vino a Madrid en 1801, apenas estrenado un siglo que iba a ser tan pródigo en intentos de renovación, no siempre logrados. Una diligencia polvorienta depositó un día en la corte a aquel joven animoso, ávido de ver mundo y henchido de las doctrinas de su maestro Simón Rodríguez. Varias personalidades le reciben cordialmente. Vive en las calles de Jardines y Atocha y traba especial amistad con otro venezolano, Manuel Mallo, de quien dice la crónica escandalosa que ha sustituído al apuesto Godoy en los favores de la reina... La leyenda quiere que el joven Bolívar acompañe alguna vez a la augusta amiga, en camino hacia Palacio, de noche y por callejones apartados, en los que tan rico era el poblachón cortesano en aquellos días. Lo que la historia permite reconstruir sin fantasías es la asistencia del joven caraqueño a los diversos actos con que se divertían los madrileños de la época: paseos por el Prado, centro de galanteos; jiras a las praderas del Manzanares o el arroyo de Chamberí; asistencia a teatros y los recién importados gabinetes de lectura, donde podían leerse las gacetas de Francia e Inglaterra.

En Madrid vivió Bolívar horas de juventud y amor. En aquellos paseos y saraos nació y adquirió feliz logro su pasión por María Teresa Rodríguez del Toro, a quien conoció en casa de su amigo el Marqués de Ustáriz. En Madrid se casaron, un día de Mayo, cuando la primavera domina la capital y los vencejos y golondrinas hilvanaban las calles con sus vuelos de alero a alero.

En la calle de Fuencarral, esquina a la Gran Vía, en uno de los centros de más tráfago urbano, entre un balcón y el reloj que sirve de muestra a un establecimiento, se encuentra todavía la lápida que señala el domicilio en que vivió la adorada del libertador venezolano. En medio de la prisa y la despreocupación por el pasado que envuelve el tráfico moderno, en pleno corazón del Madrid comercial, esa lápida pone una pincelada afectiva diciendo que la ciudad no lo olvida todo.

No ha tenido la misma suerte otra que hasta hace pocos años señalaba el lugar de su matrimonio en la parroquia de San José, muy cerca de allí. Un exceso de erudición y exactitud ha suprimido lo que era una estación imprescindible para el visitante hispanoamericano: Teresa y Simón no se casaron allí, sino en una capilla que existía en las proximidades, en un palacio de la Duquesa de Frías.

Ros de Olano, el General romántico

En Caracas nació también una figura ineludible al recordar el romanticismo español: el íntimo amigo de Espronceda, quien fué su compañero de tertulias y desafíos y le veló en su agonía:

Antonio Ros de Olano, quien simultaneó las letras con las armas, hasta el extremo de brillar tanto en unas como en otras. Su imaginación desbordaba a los escritores de su tiempo y los críticos no supieron valorar su obra, en la que únicamente les extrañaban los vuelos de que era capaz su fantasía. Su inventiva le llevó a crear una prenda militar, el "ros", inevitable cubrecabezas del soldado en la era isabelina, estrenado por el batallón de Cazadores de Madrid y que se extendió a los demás cuerpos, hasta empezar a ser desterrado en 1931.

Aquella especie de chacó de fieltro, más alto por delante que por detrás, provisto de orejeras y con una cubierta de hule para defenderse de las lluvias, es prenda característica tanto de los ejércitos en la segunda guerra civil como en las guerras marroquíes.

Ros, nacido en Caracas en 1808, tomó parte activísima en la vida hispana y cortesana del siglo. Escribió novelas, estrenó obras teatrales, ocupó puestos oficiales y su figura se encuentra en el famoso cuadro de Esquivel que reúne a los románticos más afamados. También le vemos, con el gorro de su invención como los demás jefes, en la estampa que conmemora la paz de Wad-Ras, a la que contribuyó con su actuación en la batalla de GuadelJelú, donde logró convertir en victoria lo que se presentaba como una derrota, y cuyo marquesado le concedió la reina.

Ugalde, el "Titán de la Miniatura"

Así llamaron durante muchos años a aquel hombre, original y artista por los cuatro costados, conocido como el que más en el Madrid isabelino. Había nacido en Caracas el mismo año que Ros y a los doce de edad vino



La paz de Wad-Ras



El "ros", cubrecabezas del soldado

a la península trayendo consigo su extraordinaria vocación por las artes. Amigo de Madrazo, Esquivel, Villamil y toda la pléyade romántica, expuso en las exposiciones de la Academia de Bellas Artes, destacando en la miniatura, donde logró una boga poco común.

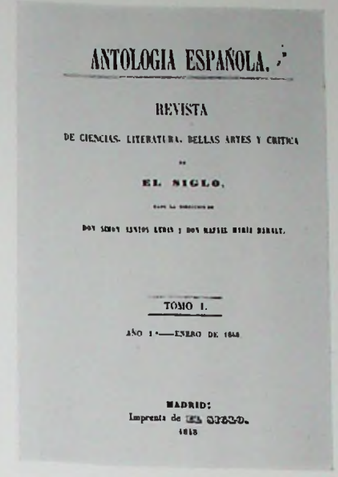
Su habilidad en tan difícil género era tan comentada como su vida. Una de sus primeras fechorías consistió en recoger los seis mil duros que le donara su tío y tutor y perderlos en el juego. El signo de esta pasión le acompañó siempre y cuanto ganaba con su arte iba a desaparecer en los garitos de la corte. Más de una vez tuvo que salir a pedir para adquirir los materiales que necesitaba para ejecutar un encargo. Pero en sus pinceles y en su meticulosidad de miniaturista tenía siempre la solución a sus problemas. Desaliñado, desastrado incluso, a veces con apariencia de mendigo, circulaba por las calles de la villa como un Verlaine bienhumorado, simpático y siempre cariñoso y correcto.

Hoy no es fácil encontrar sus afamadas miniaturas. La fría exactitud de la cámara fotográfica vino a desterrar aquella modalidad pictórica. De ellas es famosa la que representa a Bolívar y se conserva en su patria. Otra, que se guarda en el Museo Romántico de Madrid, en unión de alguna otra suya, y que reproducimos, se cree es su autorretrato. Queremos creerlo: hay en ese rostro, que no logra endurecer un hosco bigote, una dulzura y bondad que coinciden con lo que contaron de él quienes le conocieron.

El académico Baralt

No nos puede extrañar que de la patria de Andrés Bello nos llegara un académico. Baralt fué traído por su familia a España después de una estancia en las Antillas y Bogotá. Aquí se entregó al cultivo de las letras con una gravedad post-romántica y un acentuado y sincero amor por lo hispano que no le hacía perder de vista la lejana patria. En 1841 publicó su "Resumen de la historia antigua y moderna de Venezuela", fué redactor de varios diarios y fundó "Antología Española", revista de criterio amplio, que pretendía elevar el estilo periodístico del momento. La Real Academia Española le abrió sus puertas y le ofreció el sillón que había ocupado Donoso Cortés hasta su muerte.

El *Diccionario de galicismos* y el *Diccionario matriz de la lengua castellana*, que dejó inconcluso, vinieron a demostrar que la estirpe de Andrés Bello no se había agotado. Otro venezolano afincado en Madrid recordaba como una de las características de la personalidad de Baralt que "conservó con frescura inextinguible, al través de una dulce nostalgia, el amor a la tierra nativa, actitud sentimental que tradujo en versos de corte clásico, como su oda *Adiós a la patria* y sus sonetos a Bolívar y Ayacucho".


ANTOLOGIA ESPAÑOLA.

REVISTA

DE CIENCIAS, LITERATURA, BELLAS ARTES Y CRITICA

EL SIGLO.

TOMO I.

MADRID:

Portada del primer número de la revista fundada por Baralt en Madrid en 1848

Carreño, el Poeta

Saltemos a tiempos más modernos. La elección de figuras es más difícil. Son muchos los venezolanos que pasan por este Madrid que se transforma rápidamente. Las calles ya están empedradas. A la luz de gas no tarda en suceder la instalación eléctrica. Madrid quiere parecerse a París. Pero las cercanías siguen guardando su encanto. ¿Por qué Toledo tiene tanto atractivo para el hispanoamericano? Quizá siente allí mejor la herencia de España, el lazo con el antepasado, un antepasado sin modas europeizantes, un antepasado tan reciamente hispánico que si se rasca en él aparecen el moro y el judío derivando en múltiples raicillas el árbol genealógico.

Reflexionamos así al ver que el venezolano Eduardo Carreño canta a Toledo:

Callejuelas tan angostas
que son así como el dédalo
en donde no repercute
ni un eco.
Si acierta a pasar un hombre
parece que pasa un féretro.

¡Nada con mayor angustia
que el mutismo de Toledo!

Eduardo Carreño busca lo que las cosas no quieren revelar fácilmente. Por eso en Toledo no le emociona el pintoresquismo que emboba al turista superficial. Del mismo modo en la calle ciudadana —recorrió España y en 1934 publicó su libro de poemas *Estampas españo-*



El ciego de la guitarra. Ilustración de Tito Salas para el libro de Eduardo Carreño, "Estampas Españolas".

las— le hace meditar y cantar el "ciego de la guitarra", superviviente de un costumbrismo, también tradicional en lo literario:

En la noche sin estrellas
de sus pupilas, hoy narra
las más profundas querellas
el ciego de la guitarra.

Tito Salas, el Pintor

Las visiones poéticas de Carreño tuvieron su expresión gráfica en los apuntes de otro compatriota, Tito Salas, de quien eran las ilustraciones del libro.

En sus bocetos o dibujos predomina la captación de lo fundamental. Su "Ciego de la guitarra" puede figurar en una galería que arranca de Goya —con su lejana raíz velazqueña— y por Alenza llega al actual Eduardo Vicente. Su Toledo excluye lo perecedero para fijar la esencia de la ciudad.

Nacido en Antímano, Tito Salas llevó a sus lienzos temas españoles con profundidad de visión y un concepto que supera a la pintura naturalista que se basaba en temas próximos a los suyos. Gracias a su interpretación, temas hispánicos como *Una procesión en España* gozaron de la admiración del mundo europeo.

El Pombiano Pedro Emilio Coll

Nos hemos acercado a nuestros días. Hasta aquel momento en que Ramón Gómez de la Serna se puso en pie lanzando una greguería tras otra contra la tediosa literatura finisecular —a lo que iban, por otros caminos, Azorín con su sobriedad de frase y Baroja con su sencillez narrativa— Ramón instaura en Pombo, en la "sagrada cripta" del hace poco desaparecido Pombo, su saturnal reunión, y en ella, entre burlas y veras, un magisterio literario. El pincel de Solana fijó para siempre, con permiso de las nubes radioactivas, el núcleo de los contertulios. Y en él, con las manos cruzadas, sereno, un poco abstraído, otro venezolano, Pedro Emilio Coll.

Nada mejor puede decirse de él que lo que afirmó el propio Ramón: "Cuando mayor dignidad y mayor personalidad ha tenido Venezuela ha sido gracias a esta revelación de un verdadero patricio como Pedro Emilio Coll. Hoy figura Venezuela en los mapas espirituales y afectivos de todos, gracias a este hombre, que no figura en los agasajos y en esas *tientas* que se verifican en los grandes hoteles... Coll sonríe, no se queja, no pide y va dejando en todos una huella profunda y la verdadera idea de que América es un país racional. Se da cuenta de toda idea, oye como no sabe oir casi nadie, es independiente en sus opiniones y tiene una ecuanimidad ultravertebrada...

Al cabo de unos años de presenciar este espectáculo de silencio y aunque yo no acostumbro a estas cosas, he querido ensalzar a un hombre probo y sensato, que se puede comparar con lo más florido de nuestra intelectualidad, que puede estar con nosotros y en el lugar más próximo de todos en el cónclave de Pombo".

Y allí está. En el cuadro del Museo de Arte Moderno que reúne entre otros a Gutiérrez Solana, el propio Ramón, José Bergamín, Bacarisse... muertos ya muchos de ellos aunque sus nombres no se hayan apagado. Y uno de los que hoy lucen con más fuerza sigue siendo el de Pedro Emilio Coll.

Venezuela próxima

¿Están citados todos los venezolanos que han pasado y dejado su huella en Madrid? No. Solamente algunos. Con el romántico Heriberto García de Quevedo y sus andanzas podría llenarse un largo artículo. También nos salta a la memoria Blanco Fombona con su formidable labor editorial y su actividad general en favor de las letras hispanoamericanas entre nosotros; asimismo el éxito de *Doña Bárbara*, revelada en Madrid, por un notable jurado, y otros nombres: Zérega Fombona, Eduardo Calcaño, Márquez Bustillos... Y otros más. Y siempre inteligentes y activos periodistas, diplomáticos, poetas, estudiantes...

Intelectualmente, Venezuela está muy cerca. En este año último un venezolano, Guillermo Morón, se doctora en Historia en la Universidad de Madrid con una importante tesis sobre los orígenes históricos de Venezuela. Lírica Hispana, de Caracas, publica una antología de jóvenes poetas españoles... Venezuela está muy cerca. Y los venezolanos que han pasado por la vida madrileña la han enriquecido con sus producciones y sus hechos.



JORGE CAMPOS

Nacido en Madrid, 1916. Considerado uno de los más importantes cultivadores de la narración corta en España actualmente, ha publicado varios libros —"Vichori", "En nada de tiempo", "El hombre y lo demás"—, valiéndole uno de sus cuentos, "El atentado", accésit en el concurso "Hernández Catá" de La Habana. Miembro del Instituto Fernández de Oviedo se interesa por la literatura hispanoamericana siendo autor de una gran Antología Hispanoamericana y de varios estudios menores.



La Espeleología

POR EUGENIO DE BELLARD PIETRI

La Espeleología o Ciencia de las Cavernas es una nueva rama desprendida del árbol de la Geología, y no como muchos creen, un deporte semejante al alpinismo, y que algunos tildan de terriblemente peligroso.

Quizá la mayoría de los amantes de la naturaleza no encontrarían en los paisajes subterráneos la maravillosa y artística poesía, a la vez viva y elocuente, de un fondo marino de Margarita, o de un agreste risco del Parque de la Sierra Nevada de Mérida. No obstante todo esto, tiene esta ciencia, a diferencia de muchas de sus hermanas, su poco de estética, sus pinceladas de original hermosura. Si bien el cielo azul y las verdes aguas de un Mar Caribe se truecan en las profundidades de las cavernas en noche estigia, pavorosa y eterna, en aguas inmóviles con quietud de muerte, no por ello podemos negarles a estas criptas misteriosas de nuestro globo, su parte en la armoniosa arquitectura del mundo en que vivimos.

Si en la Sierra sobrecoge al andinista la belleza salviaje de la atalaya que se empina sobre el abismo, en las cavernas hace enmudecer de admiración el absoluto silencio de una noche que nunca tendrá fin y las caprichosas obras maestras de la gota de agua, artífice que teje el encaje de sus siglos sobre la roca milenaria.

La Espeleología es, como ya hemos dicho, la ciencia que estudia las cavernas. Esta palabra tan compleja y difícil de pronunciar para los no iniciados, proviene de dos vocablos, el primero latino: *spelaeum*, que significa cueva, gruta o caverna; el segundo griego: *logos*, que significa tratado. Así pues, la espeleología trata del origen, desarrollo y vida de las cavernas; estudia su fauna y su flora; su morfología, edad, estructura, y todos aquellos caracteres y fenómenos que la determinan e identifican dentro del ámbito de la Geología. Al realizar el estudio de una caverna, es preciso recabar minuciosamente gran cantidad de datos, como también levantar planos y esquemas fidedignos del desenvolvimiento total de sus galerías. Esto no pocas veces es labor difícil y peligrosa, como cuando hay ríos y precipicios bajo sus bóvedas.

Mas todo esfuerzo lleva consigo su recompensa. Para nosotros los espeleólogos, ésta reside en un quizá absurdo o tal vez platónico sentimiento de conquista de lo inmaculado, de lo jamás violado por mirada o paso de ser humano. A nosotros los que enrumbamos nuestros esfuerzos hacia una angustiosa grieta, hacia un siniestro y negro abismo, o acaso hacia un sifón pleno de aguas heladas y enigmáticas, nos atrae y arrastra sin límite ni medida, esa incontenible ambición del ver más allá, del penetrar más profundamente en las entrañas de lo ignoto. Nos arrastra, en fin, la sed de sabernos auténticos descubridores de un mundo fantástico y hermoso donde imperan tan sólo las lúgubres sombras, donde el silencio

de las rocas cien veces milenarias se rompe con el fugaz tintineo de la gota que cae, o el suave murmullo de aguas que se pierden. No negaré que es excepcional tan peculiar inclinación a hurgar en antros donde no pocas veces acecha el peligro, pero creo también es comprensible el singular atractivo que tiene para el hombre el aventurarse por los senderos de la pura incógnita en su más auténtica abstracción, por tenebrosa que sea.

Creo ahora que este breve análisis de la llamada "fiebre de las profundidades", es suficiente para explicar ampliamente las razones que nos impulsan a buscar las entrañas de la corteza terrestre, a estudiar la arquitectura más pura del planeta, donde el cincel es el agua y Dios el artista. Nosotros seguimos ese hilo de Ariadna que es la ambición del más allá desconocido. La cuenca vacía de un corredor que se sepulta en los confines de una gruta, es el imán irresistible, la fascinación insuperable que nos impulsa a llevar "la luz a las tinieblas", según reza nuestro lema de la Sección de Espeleología.

La espeleología nació como tal ciencia hace relativamente poco. Fué Eduardo Alfredo Martel, prominente abogado del Tribunal de Comercio del Sena, Francia, el primero que se dedicó a estudiar metódicamente el subsuelo y las cavernas que abrigaba. Inició sus exploraciones en 1877, y luego de fundar los estudios subterráneos e iniciar la célebre revista de Espeleología intitulada "Spelunca", dedicó todas sus energías a tan fascinante ocupación cuando no lo reclamaban sus asuntos profesionales de Derecho. Estudió y catalogó más de mil cavernas entre Europa y América, y exploró con notable y sorprendente éxito casi un millar. Este es, pues, el punto de partida de nuestra ciencia, y al jurista Martel nadie le discute hoy día tan honrosa y brillante paternidad. Actualmente, Robert de Joly, creador de la Espeleología Técnica Moderna; Jacques Rouire, notable ingeniero; Bernard Geze, profesor del Instituto Agronómico de Francia; Félix Trombe, brillante físico e inventor del maravilloso horno solar de la república francesa; el Conde Guy de Lavaur, as mundial del trabajo espeleológico en sifones; René Jeannel, padre de la bio-espeleología; Noel Llopis Lladó, profesor de Geología de la Universidad de Oviedo en España, y finalmente, Tomás Barr, brillantísimo espeleólogo norteamericano, son otras tantas figuras descollantes en esta nueva ciencia.

En cuanto a Venezuela se refiere, con anterioridad a la fundación de la Sección de Espeleología de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales, pocos investigadores serios se habían aventurado en las cuevas y grutas del país con otro interés que no fuera puramente arqueológico, paleontológico o meramente excursionista. Así pues, relativamente pocas cavernas fueron exploradas durante el siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. El sabio universal, Alejandro de Humboldt, fué indiscutiblemente, en 1799, el primero en visitar con fines científicos una cueva en Venezuela. Visitó en ese año 472 metros de la Cueva del Guácharo. En 1835, continúa el Coronel Agustín Codazzi en la misma cueva la exploración de Humboldt, y logra llegar a la respetable profundidad horizontal de 1.074 metros. Luego Anton Goering, Karl Moritz y Alfred Scharffenorth la siguen explorando, logrando avanzar el último, en 1890, hasta la profundidad de 1.035 metros por otra galería distinta. Finalmente citaremos a Simón Ugarte, quien en 1869 exploró parcialmente las llamadas Cuevas del Peñón, en Ocumare del Tuy.

Poco antes de la fundación de la Sección de Espeleología, cosa que aconteció en 1952, apenas si se tenía conocimiento vago de unas 40 cuevas, muchas de las cuales habían sido visitadas en la primera mitad del siglo XX por Boy Scouts o por simples excursionistas, si bien otras fueron objeto de estudios serios y metódicos por hombres del Museo de Ciencias Naturales de Caracas, debiendo destacarse entre éstos al profesor José María Cruxent y a Walter Dupouy, quienes exploraron, entre otras muchas, la famosa Cueva de Guaicaipuro, en Los Teques; las del Indio, Pío y Verraco, en la Fila de Mariches; del Guacamayo, en Agua Blanca, Portuguesa, y las del Peñón, en Ocumare del Tuy. Además hay que mencionar al Dr. Eduardo Röhl, quien hizo numerosas observaciones de tipo climatográfico en la Cueva del Guácharo; y a los Hermanos Nectario María y Basilio, del Colegio de La Salle, quienes visitaron con fines arqueológicos numerosas grutas, sobre todo en Lara y Trujillo.

Iniciadas las pacientes investigaciones del grupo de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales integrado por los señores Juan Antonio Tronchoni, Roberto Edwin Contreras, Eduardo Schlageter Boulton y el que esto escribe, y por los activísimos aficionados señores Pánfilo Arechederra y Juan Francisco Longa, al final de poco más de tres años de trabajo hemos podido fichar y catalogar 388 grutas, simas y cavernas, algunas de las cuales han sido realmente descubiertas. De estas 388 grutas, ya han sido exploradas total o parcialmente por nuestro grupo espeleológico 80; además, enormes macizos calcáreos han sido localizados y debidamente catalogados para futuras exploraciones minuciosas a fin de investigar la posible presencia de manifestaciones cársticas.

De las cavernas exploradas hasta el presente por nosotros, la enorme espelunca bautizada por la Sección de Espeleología "Cueva Alfredo Jahn", situada en las serranías de Birongo, al norte de Capaya, ocupa en la actualidad el primer puesto. Se le han medido más de 3.000 metros de galerías, o sea más de tres kilómetros, y aún faltan por explorar 61 naves y corredores. Fué descubierta por el señor Robert Edwin Contreras y por nosotros el día 9 de marzo de 1952, y ya se le han dedicado más de 36 horas efectivas de exploración subterránea. Sigue en segundo lugar, hasta el presente, nuestra famosa Cueva del Guácharo, con algo más de dos kilómetros explorados y 19 galerías aún por explorar. Tronchoni, Contreras y nosotros la exploramos durante 16 horas seguidas, el 24 de agosto de 1951, y tuvimos que regresar a las dos de la mañana del día siguiente sin haber concluído su estudio, hasta el presente inconcluso.

Ha sido asimismo otro modesto triunfo de la Sección de Espeleología, el descubrimiento de otras dos grandes cavernas en la vecindad de la Alfredo Jahn. La primera recibió el nombre de Cueva Cagigal en honor del ilustre sabio barcelonés, y la segunda, el de Cueva Cruxent. Ambas fueron descubiertas por Contreras. La Cueva Cagigal es de peligrosísima exploración y se extiende por casi un kilómetro bajo las feraces tierras de Barlovento. La Cueva Cruxent nos cedió un pequeño pero valioso conjunto arqueológico.

Muchos nos han preguntado qué clase de animales hemos encontrado los espeleólogos en las cavernas venezolanas. Para ellos, pues, van estas líneas. El subsuelo cavernoso de la tierra es pródigo en fauna misteriosa. Los sabios bio-espeleólogos Jeannel y Racovitza, y más recientemente los profesores Vandel y Chappuis, del Laboratorio Subterráneo de Moulis, en el Pirineo francés, han logrado catalogar millares de mínimos animalillos que jamás han visto la luz. Son verdaderos fósiles vivientes, como dice tan acertadamente el gran maestro Jeannel. Desgraciadamente, aquí en Venezuela no nos damos abasto los cuatro que nos dedicamos tan ardientemente a este "hobby" científico, y por ello nuestras pesquisas han sido muy superficiales.

Sin embargo, podemos enumerar las gigantescas arañas falángidas llamadas "frinos", una de las cuales tenía el inquietante diámetro de un metro desde la punta de las antenas hasta los extremos posteriores de las patas traseras, estupendo e impresionante ejemplar localizado en la Cueva Alfredo Jahn, a la profundidad horizontal de un kilómetro de la mayor de sus ocho entradas. Asimismo, hemos capturado escolopendras rosadas (depigmentadas), murciélagos y vampiros de las especies más diversas, grillos de larguísimas antenas; camarones gigantes y peces ciegos en los ríos subterráneos, culebras venenosas (aunque muy excepcionalmente), cucarachas conchudas de siete centímetros, cienpiés, y finalmente, los guácharos, soberbias aves de nuestra fauna ornitológica, emblema de la Sección de Espeleología.

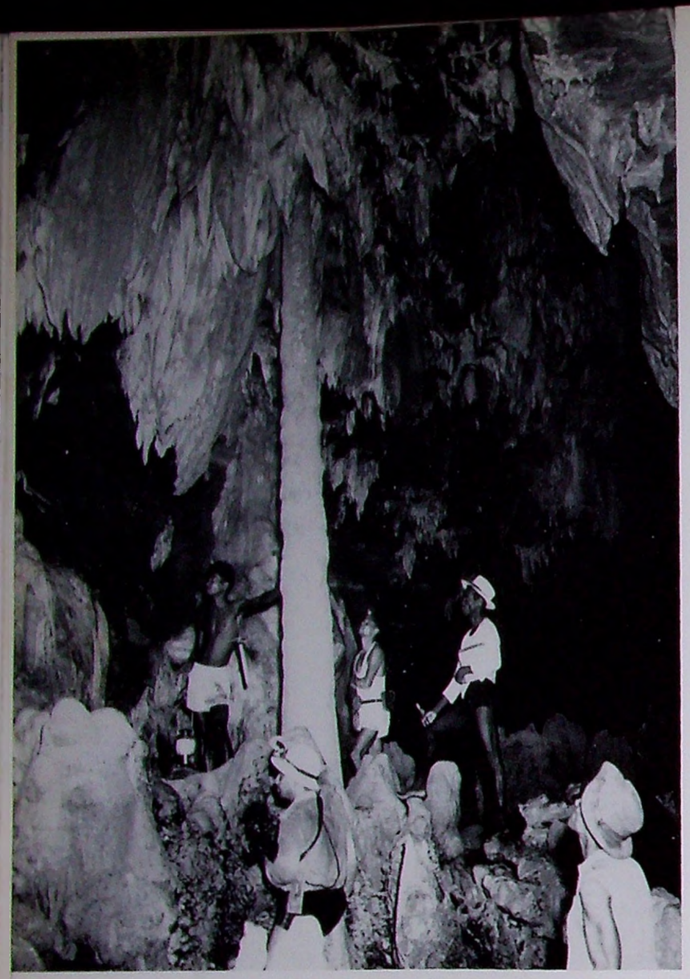
Seguidamente, y a fin de ilustrar a nuestros lectores sobre el interés que despierta en Europa esta joven ciencia, hablaremos de nuestras experiencias espeleológicas en ese continente durante los años 1953 y 1954.

En Francia, con motivo de las muy honrosas e inmerecidas distinciones de que fuimos objeto en la ocasión del Primer Congreso Mundial de Espeleología, tuvimos el enorme placer de visitar y conocer 29 espectaculares cavernas y recorrer toda la región meridional de ese bello país. El mencionado Congreso se reunió en París entre los días 7 y 12 de setiembre de 1953. A él acudimos como Delegado Oficial tanto de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales como de la National Speleological Society de los Estados Unidos, institución que nos honró extraordinariamente al conferirnos tan delicada representación. Fueron presentados más de 200 trabajos, casi todos de gran interés, haciendo acto de presencia 160 delegados de 27 naciones.

Terminaron con gran éxito las labores del Congreso, donde la confusión de idiomas fué la nota jovial, pues había desde griegos, yugoeslavos y japoneses, hasta indochinos, daneses y suecos. Iniciamos luego la jira por el



"La Torre", Salón Eduardo Röhl, Cueva de Alfonso, Caripe. Mide unos seis metros de altura



"El Chaguaramo", *columna roja y anaranjada de la Cueva Alfredo Jahn*



Idolos faloides de la Cueva Cruxent. Fueron encontrados a 115 metros de la entrada

subsuelo de Francia, visitando las espectaculares cavernas de Padirac, Lascaux, Cougnac, Pech-Merle, Dargilan, Niaux, Médous, Gargas, Armand y Orgnac. Finalizada esta jira, que cubrió más de 1.500 kilómetros de carretera, regresamos a España.

En agosto de 1954, fuimos invitados por el ingeniero Jacques Rouire, Secretario de la Sociedad Espeleológica de Francia, y por el Club Espeleológico Martel de Niza, a tomar parte en la Expedición Espeleológica Internacional al macizo cárstico del Pico Margueareis, en la frontera franco-italiana de Liguria. Tomamos parte 23 espeleólogos, siendo digno de resaltarse el hecho de que cinco eran mujeres, tres de las cuales eran señoras casadas, madres de familia hasta cuatro veces, y nada menos que veteranas compañeras de trabajo de sus maridos en sus labores subterráneas...!

Una de las espeleólogas, la señorita Noële Chochon, del Club Martel de Niza, no solamente era bella, sino de un temple y arrojo que dejó muy atrás al personal masculino. La hermosa muchacha de veinte años, tomó con una seriedad y energía pasmosa su parte, habiendo bajado en la fenomenal sima de Piaggia-Bella a más de 300 metros de profundidad vertical, donde le tocó explorar por doce horas consecutivas en un frío de tres grados centígrados dirigiendo el equipo que le tocó conducir. Sin duda alguna, a la presencia de las cinco representantes del sexo bello (¡y fuerte!), dotadas de un valor realmente extraordinario, se debe en gran parte la energía y sacrificios desplegados por todo el equipo, culminación de todo lo cual fué el descubrimiento de la sima Raymond Gaché, en ese momento la más profunda del mundo.

En el equipo de seis en que bajamos personalmente a la Sima de Piaggia-Bella, nos cupo el honor de tener por compañera a la gentil señorita Susana Ferrari, de la sociedad de Niza, muchacha de notable temple que soportó con maravillosa entereza junto a sus compañeros el agotador trabajo que significa bajar, explorar y escalar durante ocho horas un abismo peligroso, cuyo frío cruel e implacable de cuatro grados nos entumecía y obligaba, en su atmósfera saturada de agua, a violentos ejercicios y grandes precauciones.

La exploración del macizo de Marguareis duró 17 días, y durante este tiempo exploramos 12 cavernas. Tuvo el grupo explorador en esa ocasión dos marcadas victorias, pues al siguiente día de la exploración de la Sima de Piaggia-Bella, objetivo principal de la exploración, el ingeniero Rouire, la señorita Noële Chochon y nosotros, descubrimos en los glaciares del Pico Margueareis y a 2.540 metros de altitud, un siniestro pozo o sima que comunicaba con el abismo de Piaggia-Bella, lo cual hizo de este sistema de pozos, durante seis semanas, la cueva más profunda del mundo, con 850 metros de profundidad vertical y varios kilómetros de recorrido. Es de interés recalcar aquí que la famosa Sima de la Piedra San Martín, en la frontera franco-española, a quien arrebatamos el primer puesto, tiene 659 metros de profundidad. No obstante el hecho verdaderamente penoso de que nos arrebató el record de profundidad la Sima Berger, con sus 903 metros, al mes y medio del sensacional descubrimiento, el formidable abismo del Pico Margueareis retiene aún el indiscutido honor de ser la Sima más alta del mundo, gracias a su cota de 2.540 metros. El nombre que recibió este pozo fué el de Sima Raymond Gaché.

Al día siguiente nosotros descubrimos, mediante la desobstrucción de una insignificante gruta, una sima de proporciones más que modestas, y que al parecer forma parte del sistema cárstico de drenaje Piaggia-Bella-Raymond Gaché, formidables colectores que conducen las aguas del desolado Circo de Piaggia-Bella hasta las gargantas del río Negrone. Esta cueva, gracias a la sin igual delicadeza de nuestros compañeros franceses y a la circunstancia de que nosotros éramos el único extranjero en el equipo, recibió el nombre de Cueva Caracas, siendo su profundidad explorada hasta el presente de 75 metros en vertical.

Muchos nos han preguntado acerca de los peligros que encierra la Espeleología para aquellos que se aficionan a ella, y francamente, no seremos nosotros los que eludamos una respuesta a pregunta tan importante.

Efectivamente, la Espeleología no es de ninguna manera un alegre deporte para fines de semana. Muy por el contrario, los que nos entregamos a este "hobby" científico ocasionalmente, disfrutamos de sus gustos con enorme prudencia y grandes precauciones, aun dentro del aire jovial que siempre rodea a nuestros trabajos. A Dios gracias, la Espeleología en América no entraña los graves peligros que siempre tiene en Europa: el constante tropiezo con fenomenales pozos y abismos dentro de las mismas cuevas (son las simas) y la espantosa amenaza de las crecientes repentinas de los ríos hipogeos.

Concretamente, diremos que en una gruta francesa murieron ahogados seis espeleólogos en breves minutos al subir sorpresivamente las aguas. Por otra parte, hemos leído en la prensa del día 2 de agosto de este mismo año la penosa noticia de que el abismo Raymond Gaché acaba de cobrar su primera víctima: un joven italiano que exploraba en el equipo internacional franco-italiano de este año, quien ha muerto trágicamente al caer en un pozo de la sima, el segundo, espantoso abismo de 130 metros a pique. Paz a sus restos...

No obstante esta luctuosa nota que hemos incluído, es tremendamente elocuente la comparación de dos cifras: la de los accidentes de alpinistas y espeleólogos durante el año de 1953; ese año murieron en Europa 254 alpinistas, pero tan sólo ocho espeleólogos. Es interesante apuntar que los primeros son todos deportistas aficionados a una actividad gravemente peligrosa; entre los segundos, por el contrario, la mayoría son científicos, y realizan una labor de interés geográfico y geológico. Si se considera que en Francia hay más de mil dedicados a la Espeleología, y que la Sociedad Espeleológica de los Estados Unidos cuenta con casi 2.500 miembros activos, tendremos una base harto elocuente de su apreciable seguridad.

En Venezuela, hemos aprendido que acecha en las cavernas un grave peligro: la Histoplasmosis, alarmante dolencia que ataca a los pulmones y despluma a sus víctimas con fiebre alta durante largas semanas. Aprovechamos esta ocasión que nos brinda la REVISTA SHELL tan gentilmente, para alertar a cuantos piensen entrar en cuevas venezolanas (nosotros diríamos con más prudencia y sentido, *tropicales*) sobre esta amenaza ampliamente comprobada por nosotros mismos, los que integramos el equipo explorador de la Sección de Espeleo-



Cortinajes del Salón Arístides Rojas, Cueva Cagigal

logía. Los cuatro espeleólogos hemos sido violentamente atacados por esta dolencia que acarrea al hombre el hongo *Histoplasma capsulatum*, al parecer de presencia endémica en muchas grutas, y aunque estamos actualmente inmunizados por haber sufrido la enfermedad, queremos hacer hincapié en la existencia absolutamente cierta y alarmantemente demostrada de esta enfermedad. Tenemos ya confirmación de que han caído enfermos, víctimas de la Histoplasmosis, 14 personas que han ido a visitar cuevas.

Y ahora, para finalizar, podemos decir que las fatídicas palabras que el Dante puso de terrible epitafio al Infierno: "Lasciate ogni speranza voi ch'entrate", ya no rezan para los maravillosos palacios que se ocultan bajo la corteza terrestre.

Las cavernas hoy ofrecen el soberbio tesoro de la incógnita a quienes buscan disipar su eterno luto llevando... ¡la luz a las tinieblas!



EUGENIO DE BELLARD PIETRI

Nació en Maracaibo el 17 de diciembre de 1927. Abogado; Licenciado en Derecho de la Universidad de Salamanca, España. Su "hobby" es la Espeleología. Es miembro de la Société Spéléologique de France y del Club Espeleológico Martel, de Francia; del Cave Research Group de Gran Bretaña; de la National Speleological Society de los Estados Unidos, y de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales, donde fundó en 1952 la Sección de Espeleología. Fué Delegado Oficial de la National Speleological Society y de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales al Primer Congreso de Espeleología reunido en París en 1953.



Emblema de la Sección de Espeleología de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales

REVISTA SHELL

COMPAÑIA SHELL DE VENEZUELA

Reproducción técnica de COPPA. Impreso en Venezuela. Portada por Mundolarte Hnos. S.A. Páginas interiores por Cromotip, C.A. 23.000 ejemplares

